L CUENTO

EL ORANGUTAN"

E HERMANN HESSE

0 1 | Nº 2 | AGOSTO 1999 | PRECIO $ 5



LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR.



Vidas de plástico

UN MUNDO SIN SENSACIONES

NO *demostrar*

NO *conocer*

NO *animarse*

NO *compartir*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ISSN 1514-4747

Ciclo de conciertos corales

Con la música del mundo en los barrios de Buenos Aires



Martes 18 de agosto, 20:30 hs.

Parroquia del Patrocinio de San José
Ayacucho 1072

Entrada Libre



Estudio Coral de Buenos Aires
Dirección: Carlos López Puccio

Programa:

Arvo Pärt
Magnificat (1989)

Clement Jannequin
Canto de los Pájaros (ca. 1529)

Richard Strauss
Der Abend - Op. 34 Nº 1 (1897)

Henryk Mikolaj Górecki
Totus Tuus (1987)

Dos canciones folklóricas venezolanas
El Periquito
arr. Modesta Bor
Carrio de los Pájaros
arr. Rafael Suarez

Tres canciones folklóricas ingrias
Velja Tormis
(de Inkerin Illat, 1979)

UNA INICIATIVA DE LA FUNDACION MACRI

Con el auspicio de la Comisión Arquidiocesana para la Cultura

FUNDACION MACRI



El universo, su origen y evolución
en la visión de la física actual

Mesa Redonda

Profesores participantes:

Dr. Juan Maldacena
Lyman Laboratory of Phisics
Harvard University

Prof. Víctor Rodríguez
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba

Dr. Diego García Lambas
Observatorio Astronómico
Universidad Nacional de Córdoba

Dr. Osvaldo Moreschi
Facultad de Matemática, Astronomía y Física
Universidad Nacional de Córdoba

Coordinación:
Dr. Reinaldo Gleiser
Facultad de Matemática, Astronomía y Física
Universidad Nacional de Córdoba

Facultad de Matemática, Astronomía y Física
Universidad Nacional de Córdoba

Fundación Macri
y
Ecogas

Viernes 30 de abril
19hs.
Salón de Actos
Pabellón Argentina
Ciudad Universitaria U.N.C.

Entrada libre y gratuita

Xul Solar



Vías, 1925

MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES

setiembre / octubre 1998

Avenida del Libertador 1473, Buenos Aires
Entrada libre
Martes a Viernes de 12:30 a 19:30, Sábados y Domingos de 9:30 a 19:30

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FUNDACION MACRI

Presente en la comunidad,
promoviendo la educación, el arte y la cultura

EDITORIAL

DES-CUBRIRNOS

Fue el 30 de junio, a las 12 horas y 16 minutos, según acusa con impertérrita exactitud el procesador de correo electrónico de Latido. En ese momento llegó el mensaje inaugural de una lectora que había comprado la revista en un quiosco. La primera que no conocíamos en forma personal, que era ajena a cualquier compromiso basado en la amistad, en las relaciones profesionales o económicas. Norah —tal su nombre— nos mostraba que la revista ya había dejado de ser proyecto, que existía fuera de nosotros. Había nacido y se había independizado: tenía vida y significados propios para mucha gente. A partir de ese instante, el espacio físico donde hacemos Latido empezó a adquirir una tonalidad distinta. Parece raro pero así fue. En segundos abandonó su impronta de oficina donde se estudiaba el lanzamiento de un nuevo medio para convertirse en una redacción en contacto con sus lectores. Eso: la llamada de la gente, sus mensajes, sus cartas, sus opiniones produjeron el cambio. Ya no estábamos solos. El puente se había tendido y debíamos cuidarlo.

La mejor manera de hacerlo era pensar este segundo número que habla de la incapacidad de comunicarnos a partir de lo que pensamos y sentimos, de la verdad. Habla de las máscaras que nos ponemos cada día para salir al mundo o incluso dentro de nuestra propia casa. ¿Cuántas veces recurrimos a un discurso armado, fácil —a menudo hasta amable—, pero que nos deja vacíos por el simple hecho de no tener contenido, de resultar pura combinación de palabras sin algún atisbo de honestidad que le dé vida? Lo curioso es que somos los primeros perjudicados por esas máscaras: de tanto usarlas, nuestra piel pierde su propio color, su textura, se olvida del contacto con la luz.

La idea no es defender la honestidad a rajatabla: también hay verdades que se dicen para herir, para crear dolor. Pero sí alertar sobre un tiempo donde lo individual sufre una marginación en aumento y donde los ciudadanos ideales parecen ser la mujer y el hombre dóciles a los eslóganes de época. Por ejemplo, aquellos que cumplen en forma militante con lo políticamente correcto y pretenden enseñar cómo decir esas cosas que no se deben decir. Sin embargo, jamás invitan a pensar en las raíces, en saber por qué piensan eso tan terrible que no se puede expresar en público.

Este número de Latido es una invitación a romper esa tendencia, a mostrarnos un poco más como somos, a no tenerles miedo a los miedos. Intentemos conocer lo singular, compartir lo más interesante de nosotros en vez de adornarlo con coberturas plásticas que se acumulan como capas geológicas hasta un punto donde resulta necesario excavar profundo para encontrar a la verdadera persona, en caso de que aún exista.

Nos volvemos a encontrar a principios de setiembre. Hasta entonces.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DIRECTOR
Daniel Ulanovsky Sack

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO
Marta Dillon
Elvio Gandolfo
Luis Gruss
Jorge Carnevale

EDITOR FOTOGRÁFICO
Y FOTO DE TAPA
Leo Vaca

FOTOS
Leo Vaca
Pablo Zuccheri
Adriana Lestido
Gabriel Díaz

DISEÑO
Maureen Holboll
Victoria Quintiero

ILUSTRACIÓN
Lucas Nine



LATIDO
UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR

sumario

AÑO 1, NÚMERO 2, AGOSTO 1999



EL AUGE DE LO ARTIFICIAL

La tendencia a ahogar las sensaciones reales empobrece la vida —la íntima y la social— y genera mensajes destellantes en los que nadie cree pero que todos aceptan creer. ¿Por qué le tememos tanto a lo honesto y usamos una batería de estrategias para ocultarnos? Daniel Ulanovsky Sack cuenta cómo la idea de lo artificial hace metástasis en áreas tan diferentes como la comida, las vacaciones, la imagen y hasta la prensa.

Página 6

ALGUIEN LO HA DICHO

El escritor Paul Auster, el músico Wolfgang Amadeus Mozart y el romano Séneca —entre muchos otros— sintetizan en una frase esa rara tendencia a olvidar lo importante.

Página 24

ACERCARSE A LA MUERTE

Un análisis de sida que da positivo sirve de marco a la búsqueda de lo fundamental. Marta Dillon cuenta su propia historia, entrelazada con las vidas de varios amigos que ya murieron, y nos lleva por los senderos de sus cambios, de sus ganas del día a día, de su nueva comunicación. Es una nota donde tristeza, coraje y futuro se confunden en un solo sentimiento matizado por la necesidad de vivir, de aferrarse al mundo, aun cuando es tan moderno alardear de que nada quedará, ni siquiera en la memoria.

Página 26

CORRESPONDENCIA A:
Revista **LATIDO**
Casilla de Correo 144
Sucursal 12 (B)
(1412) Buenos Aires
TEL/FAX 4824-8870
e-mail: latido@giga.com.ar

COMERCIALIZACIÓN PUBLICITARIA:
LATIDO S.A.
TEL/FAX 4824-8870

DISTRIBUCIÓN EN CAPITAL FEDERAL
Vaccaro, Sánchez y Cía S.A.
Moreno 794, piso 9,
Buenos Aires. Tel. 4342-4031

DISTRIBUCIÓN EN EL INTERIOR
Distribuidora Interplazas S.A.
Luis Sáenz Peña 1836,
Buenos Aires. Tel. 4305-3160

FOTOCROMÍA
Quebecor Antártica S.A.
Maipú 939, Buenos Aires
IMPRESIÓN
Antártica Quebecor S.A.
Avda. Los Pajaritos 6920
Santiago, Chile

Registro de la Propiedad
Intelectual 999536.
Prohibida la reproducción total
o parcial de los contenidos.
"**LATIDO**. Una revista para
sentir. Y pensar" es una publicación propiedad de **LATIDO S.A.**,
Medrano 1940, piso 7
(1425) Buenos Aires.
Tel. 4824-8870. Editor responsable: Daniel Ulanovsky Sack.
ISSN 1514-4747

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



LITERATURA

CINE / VIDEO

Luis Gruss anduvo bibliotecas propias y ajenas para buscar textos que recuerden los mundos de plástico que creamos los hombres. Jorge Carnevale hizo algo similar aunque, en su caso, desgastó videos y resucitó viejas películas.

Página 38

¿SOMOS O NOS HACEMOS?

Las máscaras en el ámbito de la cultura y de los medios, donde "salir natural" es más importante que serlo. Elvio Gandolfo cuenta las dobles personalidades que se esconden en los preestrenos de cine, en el Colón e, incluso, en los cómics. Desde otro punto de vista, describe a la borrachera como una careta que transforma al pusilánime en bestia feroz, a la oficinista pacata en loba sensual, al frío ejecutivo maduro en un mar de lágrimas.

Página 42

CURIOSIDADES

Fiestas, lugares y personajes que fueron atacados por el virus de la apariencia. El carnaval festejado como una competencia de baile, la muñeca Barbie como sinónimo de belleza y ciudades enteras —Montecarlo, por ejemplo— que viven de la imagen son protagonistas de este análisis.

Página 53

CORREO

Un espacio para compartir. Llegan las cartas de los primeros lectores.

Página 58

EL CUENTO

El Orangután.

De Hermann Hesse.

Página 60

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Daniel Ulanovsky Sack** Periodista, director de la revista Latido. Acaba de publicar el libro "Los desafíos del nuevo milenio"

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

USAMOS MASCARAS QUE ACTUAN COMO AMARGOS PROTECT

EL AUGE DEL M

FOTOS **Leo Vaca** y **Pablo Zuccheri** FOTO APERTURA **Gabriel Díaz**



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



por vergüenza a saberse distinto

recurrir a pequeñas mentiras



NO DEMOSTRAR

identidad de un anónimo

Huir.

Vaya urgencia que tenía a los veinte años, cuando creía padecer una ciudad de manzanas regulares, demasiado iguales entre sí. Peleaba con un cuerpo que se contraía por deseos a definirse en lugares donde me fundiría con la nada: quería dejar de ser Daniel Ulanovsky, nacido a primera hora de la mañana del 19 de octubre de 1960 en Rosario, Santa Fe, para cubrirme con la identidad de un anónimo.

Tomada la decisión, la ciudad de manzanas regulares supo brindarme un par de despedidas entrañables, algunos abrazos y, en especial, una lágrima. Pero antes de dejarme ir esa ciudad también decidió jugar su pequeña venganza: me hizo transitar una vez más por la calle San Martín, allí donde ya baja hacia el río y se convierte en barranca pavimentada. Eran –estoy seguro– las once de la mañana de un martes cuando me detuve a mitad de cuadra, toqué el timbre del departamento que conocía de memoria; me abrieron, subí. No sé a esta altura si el tiempo me permitió imaginar o si fue realmente así. Pero poco importa; ahora cuenta únicamente el recuerdo. Sentado en un sillón marrón, escuché: "Uno no escapa de sí mismo. La ciudad no son las manzanas demasiado regulares. La ciudad sos vos y para alejarte no alcanza un pasaje de avión. Para cambiarla, flaco, hay que cambiar la cabeza". En ese momento no le di ninguna importancia a la advertencia: si sólo quería huir. Y eso fue lo que hice mucho tiempo.

Curiosamente, después de haber escapado durante varios años, empecé a inspeccionar hacia adentro y a encontrarme con las cosas que me gustaban, y con las que no. Fue un proceso que insumió –que insume aún– años y energía pero que me brindó bienestar. Aprendí que por más que uno corra o utilice velos para tapar lo que no desea, la cosa está allí, a la espera, como si fuera partecitas de uno mismo escondidas en algún recóndito hueco. Y la única manera real de dejar de huir es aprender a enfrentar. A veces se escapa de los temores que da mostrarse como una persona individual, con necesidades y gustos que no se parecen a los de los otros. Por vergüenza a saberse distinto, uno huye de la diferencia e intenta mimetizarse con el promedio. Construye máscaras y mundos de plástico, verdaderos precursores de las realidades virtuales que existen sólo como un esqueleto artificial, sin raíz. Esas identidades asentadas en cotillón logran una especie de diálogo interruptus a nivel social: pocas veces se llega al placer de conocer al otro, de entregarse, de crear una conexión que trascienda lo formal.

Algunas de esas huidas parecen tontas pero distan de serlo. Durante mucho tiempo, por ejemplo, escapé absurdamente de la vergüenza de estar solo un sábado a la noche. Me costaba formar parejas estables y a veces no tenía nada que hacer justo en el momento en que todos salían. ¿Y saben qué? No lo podía reconocer. Si alguien me preguntaba qué había hecho solía inventar algún cumpleaños, una reunión o lo que fuera para no dar a entender que estaba solo. Con el tiempo me di cuenta de que con esa pequeña mentira lograba estar aún más solo ya que ni siquiera me animaba a enfrentar a mis amigos con la verdad y decir "Me quedé en casa, no tenía nada que hacer", lo que hubiera sido un primer paso para empezar a hablar y estar, quizá, más acompañado el sábado siguiente.

Por esa misma época, dada la falsa

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar







ecuación de tener-algo-que-hacer-igual-a-estar-bien, aceptaba toda invitación que llegara. Muchas veces no tenía ningún interés serio en concurrir pero más temor me daba la condena social –que ya tenía incorporada– por haberme quedado recluido. Para huir del verdadero problema me sumergía en lugares que me resultaban indiferentes pero que me brindaban la posibilidad de reforzar la máscara de hombre colmado de sociabilidad y opciones nocturnas.

Con el tiempo logré ser un poco más fiel a los sentimientos. Es curioso: por una parte me intuyo más pleno, más yo, menos descompuesto, pero, por otra, me concibo como una especie de imbécil –sí, imbécil es la palabra– desfasado del mundo real, aunque ese mundo esté construido en plástico. Las razones del desfase son muchas y se basan en que las autopistas parecen tener una dirección diferente de la que elegí. Ahora que voy perdiendo capas de cebolla me enfrento con el desarrollo de fórmulas y decálogos que regulan las relaciones entre la gente, sean comerciales, laborales, alimenticias, recreativas, amistosas y hasta sexuales. No hay lugar para profundizar lo individual, sólo vale el estereotipo.

Quizá la diferencia está entre ser y pertenecer. Si se le teme a la soledad, se suele imaginar que uno está más acompañado sólo por ser como los otros. Así, uno decide no generar fricción y, más aún, se convierte en una especie de nafta que contribuye a la alegría colectiva. Es el caso de los gordos buenos. ¿Por qué, si no, un estereotipo físico tendría que estar ligado a una cualidad moral? ¿El exceso de grasa favorece acaso el buen humor? La respuesta no pasa por ahí: el gordo adopta el rol de bueno para que lo acepten pese a ser gordo, para que no lo dejen de lado, para poder seguir estando con los otros. Por eso el gordo bueno carga con el carbón para los asados, lleva a las chicas de vuelta aunque vivan allá lejos, siempre hace pata. Pobre gordo, muchas veces tiene terror de ser un poco menos bueno y de que se aviven. A lo mejor quiere gritar y decir otra cosa, putear a alguien, jugar la suya algún día. Pero tiene miedo: ¿quién lo va a aceptar si además de gordo se vuelve pesado?

> Si se le teme a la soledad, se suele pensar que uno está más acompañado sólo por ser como los otros

Claro que a veces un poco de artificialidad puede ayudar: el hecho es saber cuándo parar. Yo tenía catorce años y salía con una chica que me interesaba poco. Pero estaba tan orgulloso de caminar por la calle de la mano de alguien que se asumía como novia que los sentimientos me tenían sin cuidado. El objetivo era otro; quería afirmarme, mostrar todo lo poderoso y seductor que podía ser. El problema llega cuando estas situaciones nunca evolucionan y se vuelven crónicas. Uno se torna especialista en no demostrar –porque no tiene qué demostrar– o en demostrar demasiado, ya que a veces conviene sobreactuar la ausencia. Algo similar sucede con los tan mentados mundos de plástico de la cirugía estética. A menudo –lo acepto– me contradigo en este tema: suelo pensar que si uno está pelado y quiere tener más pelo no parece mal implantarse algo de tejido capilar. Lo mismo pasa con una

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

papada demasiado molesta o con esas bolsas debajo de los ojos que potencian el look fantasma. Hasta ahí soy defensor de la cirugía estética. Pero luego miro a esas mujeres que se convierten en transformers vivientes, tan idénticas entre sí y tan diferentes de lo que alguna vez supieron ser: labios inflados, ojos de lince, pómulos salientes, narices de Barbie. En ese momento cambio radicalmente y me siento un firme opositor a la cirugía plástica, ya no por razones filosóficas sino simplemente estéticas. Ante esos casos patéticos, pregunto si hay términos medios, si se puede ser natural a medias, si una cirugía chiquita es diferente de una grande. Por alguna razón –quizá el miedo a la decadencia física– quiero creer que sí hay diferencias. Y me calmo con este razonamiento: no se debe confundir un tratamiento que ayuda a mejorar la apariencia con otro que busca el cambio radical al imponer máscaras sin tiempo en las que hijas, madres y abuelas –sí, abuelas– tienden a confundirse. No sé si esta manera de razonar tiene algo de lógica o resulta absurda. La verdad: aún dudo.

Reconocer

Estar mal es algo que casi nunca me permití. O mejor dicho, que nunca me permití demostrar. Hubo algún tiempo, por ejemplo, en el que me sentí bastante infeliz. ¿Y saben qué? Era mi secreto mejor guardado, lo vivía como algo pecaminoso que merecía ocultarse. No sé las razones, pero también tuve épocas en las que el modelo de adulto-joven moderno, capaz, sonriente, globalizado y feliz me parecía un mandato difícil de rechazar. Envidiaba, secretamente, a los que podían mandar todo al carajo y quedarse en sus casas patas para arriba. Yo no lo lograba. Me tenía que demostrar mi capacidad para adaptarme al sistema aunque eso no redundara en mi propio bienestar. Una vez, por ejemplo, fui de vacaciones a Tailandia, Vietnam y Hong Kong. Hice todo lo que había que hacer: anduve por caminos donde rara vez aparecía un blanco, me subí a elefantes y dormí en chozas mugrientas. No les voy a decir que no lo disfruté; sería mentira. Me gustó, la pasé bien. Pero muy en el fondo sabía que ese viaje no estaba pensado sólo para mi placer sino para mi imagen. ¿Puede, acaso, un periodista medianamente exitoso y con un sueldo decente irse de vacaciones a las sierras de Córdoba? ¿Me hubiera animado a decir, si tenía ganas, que me iba quince días al valle de Punilla? Me pregunto si hay que ser demasiado fuerte para ir contra la corriente o si fui yo el débil. Poco importa ahora: desquito y disfruto.

Esa falsedad que a veces elegimos en nuestra conducta cotidiana debe estar muy amparada por la noción de lo políticamente correcto que ha invadido el fin de siglo. Los defensores de esta moda aseguran que ayuda a mantener una convivencia social amable y poco agresiva. Yo creo que se trata, básicamente, de promover la mentira piadosa, esa mentira que las víctimas son las primeras en intuir y que ayuda más al que la dice que al supuesto beneficiario. Algo así muestra Cortázar en su cuento *La salud de los enfermos*, en el que una familia le oculta a la madre la muerte de uno de sus hijos. Cuando esta señora muere, una de las cómplices que había diseñado el plan queda tan encerrada en la ficción creada que, por un momento, se pregunta cómo le informará al hermano –muerto– la muerte de su madre.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



se trata

de promover

la MENTIRA

piadosa, esa

MENTIRA

que las víctimas
son las primeras

en intuir

y que

ayuda
más al que
la dice

que al supuesto

beneficiario

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cosas similares pasan en la vida real de este planeta. El diálogo que les voy a contar transcurrió en 1995, semanas después de que llegara a los Estados Unidos para realizar un posgrado durante un año.

–Where are you from? (¿De dónde sos?) –me preguntó una cuarentona que acababa de conocer.

–Argentina.

–How wonderful! (¡Qué hermoso!)

–...

–Argentina, you said? Where is it? (¿Argentina, dijiste? ¿Dónde queda?)

No la culpen: ella sólo quiso ser amable. Las normas de lo políticamente correcto obligan a decir que cualquier persona que sea un poco distinta y hable con acento debe venir de un lugar maravilloso. Lo contrario sería prejuicio y racismo. Claro que este criterio obvia la idea de honestidad: ¿por qué el diálogo no podría haber sido a la inversa y preguntar primero dónde queda tan extraño lugar para, luego de escuchar una breve respuesta, decir que sería interesante saber más o conocerlo algún día?

Mezclar las relaciones en que hay afecto con las gobernadas por una lógica económica puede parecer absurdo. Sin embargo ambas sirven como espejo de una misma época. Pienso, entre otras cosas, que durante décadas los argentinos supimos que no podíamos obtener información de parte de los servicios públicos: ni siquiera iban a atender el llamado, en la suposición de que la línea no estuviera siempre ocupada. El sistema era tan malo como honesto: usted no tiene derecho a nada y nosotros se lo decimos de frente. No le



aceptamos la queja, no le respondemos el teléfono, no le damos fecha ni hora. Ahora la relación con el cliente-usuario cambió y lo malo pero honesto se invirtió en bueno pero deshonesto. La calidad de los servicios y su costo mejoraron –o eso parecía hasta que llegó la sorpresa Edesur–, pero la relación con la persona se adornó de frases de plástico al estilo "Nos gusta servirle", "Gracias por llamar", "Inmediatamente reportaremos su queja", que en realidad significan todo lo contrario: "No joda: sólo esto brindamos y agradezca que ande, ya que antes ni eso".

Acostumbrado a las épocas en que para llamar de un barrio a otro de la Capital había que triangular la llamada porque existían características incompatibles entre sí, poco y nada puedo decir de la calidad de los nuevos servicios. Sin embargo, hay una especie de engaño básico que –¿será mi locura?– le agrega algunas gotas de furia a la vida cotidiana. El mejor ejemplo es cuando uno llama a una empresa y después de estar un par de minutos eligiendo opciones al estilo de "Si quiere tal cosa, oprima tal número", encuentra la reconfortante posibilidad de marcar un dígito que lo conecte con alguien de carne y hueso. O eso cree. Allí llega la cinta grabada: "Su llamado es muy importante para nosotros, por favor espere". Un minuto, dos, cinco, diez... hasta que uno se decide a colgar molesto no tanto por la espera sino por la burla de haber escuchado durante todo ese tiempo que "Su llamado es muy importante..." y no poder gritarle a nadie

Una vez fui a Tailandia. Muy en el fondo sabía que ese viaje no era sólo por placer sino por imagen

Se ha perdido un hombre (suite)

Anuncio

Se ha perdido un hombre
calvo, de ojos claros.
Se ignora su nombre.
Ya no tiene años.
Confunde su vida
con lo que ha inventado.
Viste como todos.
No es ni alto ni bajo.

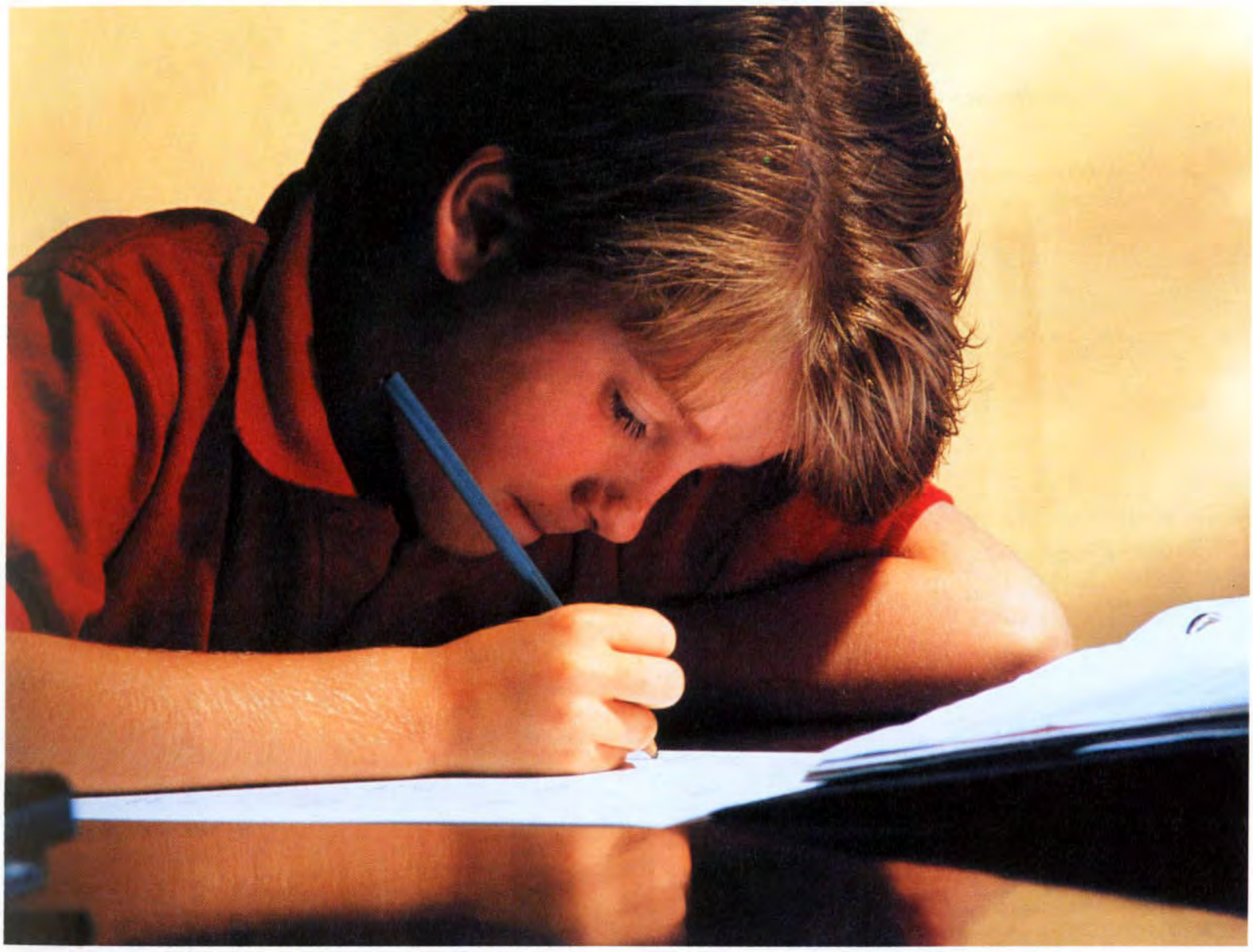
Se ha perdido un hombre
que salió buscando
algo cuyo nombre
ya se le ha olvidado.
Si alguien se lo encuentra,
diríjale al cuarto
de Juan de Bilbao,
Donostia (España).
Le estoy esperando.

GABRIEL CELAYA
DEL LIBRO "POESÍA".
ALIANZA EDITORIAL, 1981

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Ahora, usted puede garantizar la educación de sus hijos.



Seguro de Educación de La Caja.

Porque con decir que los quiere, no alcanza.

Contrate su seguro llamando al

4857-8949

LA CAJA
de ahorro y seguro

La seguridad de la gente

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a veces el ESTEREOTIPO

por el

ESTEREOTIPO

mismo

llega a límites

tan encorsetantes

que vale

preguntarse
si no forman
una nueva manera

de control social:

reprimir

el gusto

individual

y obligar

a

un
menú único





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



"Mierda, si es tan importante por qué no ponen más gente a atender". Eso sí, si al final la paciencia puede más y logra que lo atiendan, todo será un mundo de simpatía anquilosado. Una asistente que gana el sueldo básico y que sabe poco y nada del problema que usted le va a plantear, le repetirá como letanía "Le pedimos disculpas, no volverá a suceder", sabiendo, claro, que inmediatamente va a pasar lo mismo. Mentiras que todos aceptamos como una forma de subdesarrollo: quizá nos merezcamos algo de nueva tecnología, pero nunca la verdad.

Esta huida masiva de los hechos tal como son parece esconder un modelo de sociedad que sólo funciona a partir de lógicas rígidas, que no se ajustan a las necesidades de la persona sino a esquemas artificiales que ayudan a organizar y encasillar. A veces el estereotipo por el estereotipo mismo llega a límites tan encorsetantes que vale preguntarse si no conforman una nueva manera de control social. Algo así como reprimir el gusto individual y obligar a un menú único, aunque los mensajes digan todo lo contrario.

Tapar el sabor

Pocas cosas definen tanto la cultura como la comida y la forma de tratar los alimentos. Los platos tradicionales de cada civilización son fruto de una depurada mezcla de los productos que se tenían más a mano: la idea era conjugar pocos elementos lo mejor posible para lograr más sabor. Así el locro o la carbonada se formaron sobre la base de guisos prehispánicos de maíz y papa a los que se les sumó el cerdo y la vaca para obtener –perdonen los vegetarianos– un plato más gustoso y suculento. La hoy refinada sopa de cebollas no era más que el pobre potaje al que aspiraban los campesinos de algunas regiones de Francia durante el invierno. Sólo necesitaban cebollas, que se podían guardar sin que se echaran a perder, un poco de agua y pan viejo para espesar el caldo. Los años y la riqueza le agregaron queso y alguna que otra hierba. En ambos casos la idea principal pasaba por fórmulas simples y gustosas que llenaran el estómago.

Ahora, en cambio, hasta la comida usa máscaras. Pensemos si no en el más importante desarrollo del marketing del siglo XX: la hamburguesa. Se trata de carne de baja calidad muy triturada a la que se le agrega un montón de condimentos para que no se le sienta su verdadero gusto. ¿Por qué, acaso, si ustedes ponen en la parrilla un buen trozo de carne, lo recubren con ketchup, mostaza, pepinillos y cebolla? La hamburguesa, en cambio, necesita parecer rica, y como la carne con la que está hecha no lo permite, se imponen los condimentos. Recuerdo la primera vez que, en un país extranjero, aterricé en una de esas cadenas de fast-food internacionales. Mi comida iniciática fue, obvio, una hamburguesa a la que se podía colmar de aderezos sin límite: pickles, mayonesa, porotos negros con tomate, chiles picantes, queso semilíquido, panceta crocante molida y algunos más. Dada mi inexperiencia, decidí comer la hamburguesa con queso tal como la había pedido y después pedir un pan para desquitarme con las salsas. ¿Total, a quién se le niega un pan? Luego de intentar explicar durante quince minutos lo que pretendía, me estrellé con un contundente no. La función excluyente de los condimentos –elemental, Watson– era condimentar la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hamburguesa, no podían ser consumidos por separado. La vez siguiente me vengué y fui el cliente perfecto: pedí una cheeseburger, a la que ahogué con cucharones de aderezos incompatibles entre sí. Descarté el gusto de esa carne –la verdad, lo merecía– y logré un menjunje de inconfundible sabor fuerte que con los años también logró instalarse en Buenos Aires.

> Allí mi sermón cambiaba de ideología y les decía que para comer eso, mejor no comer nada

Fugar de los sabores originales no parece, sin embargo, el costado más negativo del fast-food. Peor es cuando se dan mensajes contradictorios a los chicos brindándoles por una parte el discurso progresista de buena-alimentación-ecología-naturaleza y convirtiéndolos, por otra, en los miembros de la familia con mayor índice de colesterol. Durante años he llevado a mis sobrinos a McDonald's para que se solazaran con la Cajita Feliz, lo que me convertía en un personaje ligeramente histérico. Si ellos no comían el contenido de la Cajita Feliz y yo me daba cuenta de que me habían empujado allí sólo por las sorpresitas –unos miserables muñecos de plástico–, me enojaba y les hacía engullir a la fuerza las hamburguesas o las pseudopatitas de pollo, todo acompañado con una frase educativa propia de maestro ciruela: "Si se pide comida, es para comerla". Otras veces ellos tenían hambre y, además de quedarse con las sorpresitas, deglutían su acompañamiento. Allí mi sermón cambiaba de ideología y sentenciaba algo así como "para comer esto, mejor no coman nada".

Otra experiencia similar sucedió hace un par de años en un local de Pizza Hut, esa cadena internacional que por segunda vez en su historia fracasó en la Argentina. Llamé por teléfono y luego del consabido "Buenas noches, habla Jacqueline, ¿en qué puedo ayudarlo?" le dije que, curiosamente, podía ayudarme con una pizza. No fui original y ordené una grande de muzzarella con jamón. Pero le pedí que me agregara un jugo de frutas (de esos que vienen en cajas de cartón) que había visto en las estanterías del negocio.

–Lo siento, señor, pero no voy a poder satisfacerlo. Ese jugo sólo se entrega con nuestra promoción, la pizza hawaiana que lleva palmitos y ananá.

Como a veces me cuesta ser racional, protesté. ¿Por qué debía comer una pizza tan absurda para recibir una caja de jugo de frutas? En la época de las respuestas estructuradas, nadie me supo contestar. O quizá yo no supe entender. Porque Jacqueline resultó honesta y me dijo: "No es nada contra usted, pero así son las promociones".

La idea resulta clara: la libertad se puede gozar a medias y aunque el mensaje de fin de siglo promueve la innovación, quien la intente deberá luchar con estructuras bastante rígidas. La caja de jugo se ofrece con la de ananá y palmitos. No cambie, no se puede, no vale la pena. ¿Para qué buscar algo que no debe? Haga caso a los que saben: lleve la de muzzarella, palmitos y ananá.

> Para desarrollarse, una comunidad necesita mirarse a sí misma y no verse demasiado deformada

El periodismo cívico

No se trata sólo de la pizza, sino de un modelo social: hay que amoldarse a lo que otros estructuraron. No importa si a usted le gusta o no, es más fácil aprender a decir sí que pelearse todo el tiempo. Los climas de crisis molestan y parece mejor evitarlos aunque en el camino se pierda autonomía. Un buen ejemplo de esta tendencia está echando raíces en los medios de comunicación a través de una ideología pseudoprogresista que sus defensores han dado en llamar "periodismo cívico". El nombre resulta agradable porque da idea de participación, aunque en realidad promueve una velada dictadura del pensamiento esquemático y, quizá, mayoritario.

La cosa es así: ante la caída de la venta de ejemplares de diarios en la lucha entre los medios impresos contra la radio y la televisión, algunos periódicos comenzaron a buscar formas de crear vínculos más fuertes con el lector. El proceso, iniciado en los Estados Unidos pero ahora expandido a casi todos los continentes, consiste en que los editores de un diario ya no deciden por sí mismos qué noticias cubrir, sino que lo consultan con la comunidad. Si la gente pide tocar temas de seguridad, los periodistas se centran en policías y delincuentes; si preocupa la falta de inversión en alumbrado, es el turno de ir a la municipalidad; y si la política exterior provoca ruido porque algún ciudadano murió en misión en el exterior, hay que ir a la cancillería.

Esta situación presenta problemas. Por una parte, se da forma a una sociedad que lee sobre los temas que cree in-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Aguas Argentinas

Un compromiso permanente con la vida.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

teresarle y deja de lado los demás. Pero el mundo siempre resulta más ancho de lo pensado y hay demasiadas cosas que ignoramos: la idea primaria de un diario es informar qué pasa para que luego el lector decida si le interesa profundizar o no. El periodismo cívico limita ese menú de opciones: el editor pierde su rol de seleccionador de la noticia para ponerse a escribir sobre lo que el público le dice. ¿Pero cómo determina ese mismo público qué le interesa si la información de los medios está limitada por sus propios deseos? ¿Cómo se produce el recambio de temas? ¿Cómo se evita que la gente de esa comunidad no viva en un mundo artificial, diferente del que palpita fuera de las páginas del diario local donde sólo se leen las notas que ella elige? La función de los diarios debería centrarse en informar todo lo que creen importante y darle así posibilidad a la gente de conocer la vastedad de lo que sucede. Invertir el orden implica travestir la realidad.

Y aquí aparece otro interrogante. ¿Se puede informar con alguna dosis de objetividad si la cobertura está limitada por la presión de la gente? Imaginemos que un porcentaje de la comunidad pide informarse sobre las "ventajas de los sistemas de salud privados". ¿Hay espacio para que un periodista, luego de estudiar el tema, sostenga que no presentan diferencias sustanciales con los hospitales públicos, si así fuera? ¿Qué sucede con el resto de la población que no está de acuerdo con esos sistemas privados? ¿Qué calidad puede lograr una investigación que en su premisa ya contiene parte de la respuesta? Así, el periodismo cívico se integra a la tendencia de no mostrar la realidad en su lógica compleja sino en una simplificación que implica ocultamiento.

Hace poco, el *Wall Street Journal* realizó una serie de notas sobre esta moda y describió lo que sucedía en un diario del estado de Carolina del Norte. Allí se invitaba cada semana a una serie de personas representativas de la comunidad para que participaran de las reuniones de editores y dieran sus puntos de vista. Una de esas personas resultó ser la portavoz del sistema municipal de transporte público. Cuando le preguntaron en el diario cuál era su objetivo al aceptar la invitación la mujer fue, al menos, honesta. Dijo que su trabajo era evitar noticias trágicas sobre la circulación urbana y que quizá la posibilidad de estar unos días en la redacción podía ayudarla. Curiosa tendencia: en vez de investigar los problemas, se da voz a los interesados en que las noticias no se difundan.

Vivir de ilusiones

Imponer la ideología de la verdad también resulta peligroso. Pero es necesario diferenciar el nivel social del íntimo. Para crecer, una comunidad necesita mirarse al espejo y verse no demasiado deformada. Una persona, en cambio, tiene derecho a seguir sus ilusiones o sus fantasías, más allá de que a algunos no nos guste. Hay gente que sin la mentira viviría peor que con ella. ¿Acaso el personaje de García Lorca Doña Rosita, la soltera hubiera sido más feliz si admitía que nunca iba a recibir la ansiada carta de su amado? Existen parejas en las que ellos o ellas –conozco más ellos, quizá por pertenecer al universo masculino– tienen vidas paralelas desde hace quince años, con encuentros en determinado telo una vez por semana. Ya no son trampa: son casi matrimonios paralelos. No por ca-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sualidad los especialistas en genética aseguran que cuando se hacen investigaciones para encontrar posibles genes defectuosos en los hijos de parejas con enfermedades hereditarias, se comprueba que alrededor del 10% de los chicos (éste fue al menos el resultado de un estudio realizado en Barcelona a fines de los 80) tiene un padre diferente del que se creía. ¿En estos casos, la honestidad sirve de algo? ¿No hay pactos tácitos, secretos que se intuyen sin ser dichos? Este tipo de mentira quizá proteja un statu quo que una pareja decidió mantener por alguna razón. Por eso, a nivel íntimo, la verdad no debe imponerse sino ser buscada.

Alguna vez sería interesante que existiera un politico marginal que dijera sólo la verdad

Todo cambia, sin embargo, cuando se trata de la verdad a nivel país. Ahí sí algo parece seguro: crecer en el oscurantismo de la mentira es la peor herencia que podemos legar. Los argentinos conocemos el tema; basta recordar la Argentina Potencia de Isabel Perón o el Proceso como quintacolumnista de los valores cristianos. Pero no nos vayamos tan lejos y pensemos en las Felices Pascuas, en el salariazo o en la autoexclusión. Alguna vez sería interesante que existiera un candidato marginal, algo así como un Cicciolino local que sólo dijera las cosas tal cual son. O, por lo menos, tal cual las ve. Suena absurdo, sí, pero quién sabe... Claro que decir la verdad, si no hay voluntad de cambio, tampoco sirve, porque se puede convertir en una burla absurda. Tal el caso de la confesión de Luis Barrionuevo acerca de que nadie hace plata trabajando y de su oferta para que los políticos no roben durante dos años. Pobre, quedó marginado por un tiempo: decía la ver-

El Otro Yo

Mario Benedetti

Se trataba de un muchacho corriente: en los pantalones se le formaban rodilleras, leía historietas, hacía ruido cuando comía, se metía los dedos en la nariz, roncaba en la siesta, se llamaba Armando. Corriente en todo, menos en una cosa: tenía Otro Yo.

El Otro Yo usaba cierta poesía en la mirada, se enamoraba de las actrices, mentía cautelosamente, se emocionaba en los atardeceres. Al muchacho le preocupaba mucho su Otro Yo y le hacía sentirse incómodo frente a sus amigos. Por otra parte, el Otro Yo era melancólico y, debido a ello, Armando no podía ser tan vulgar como era su deseo.

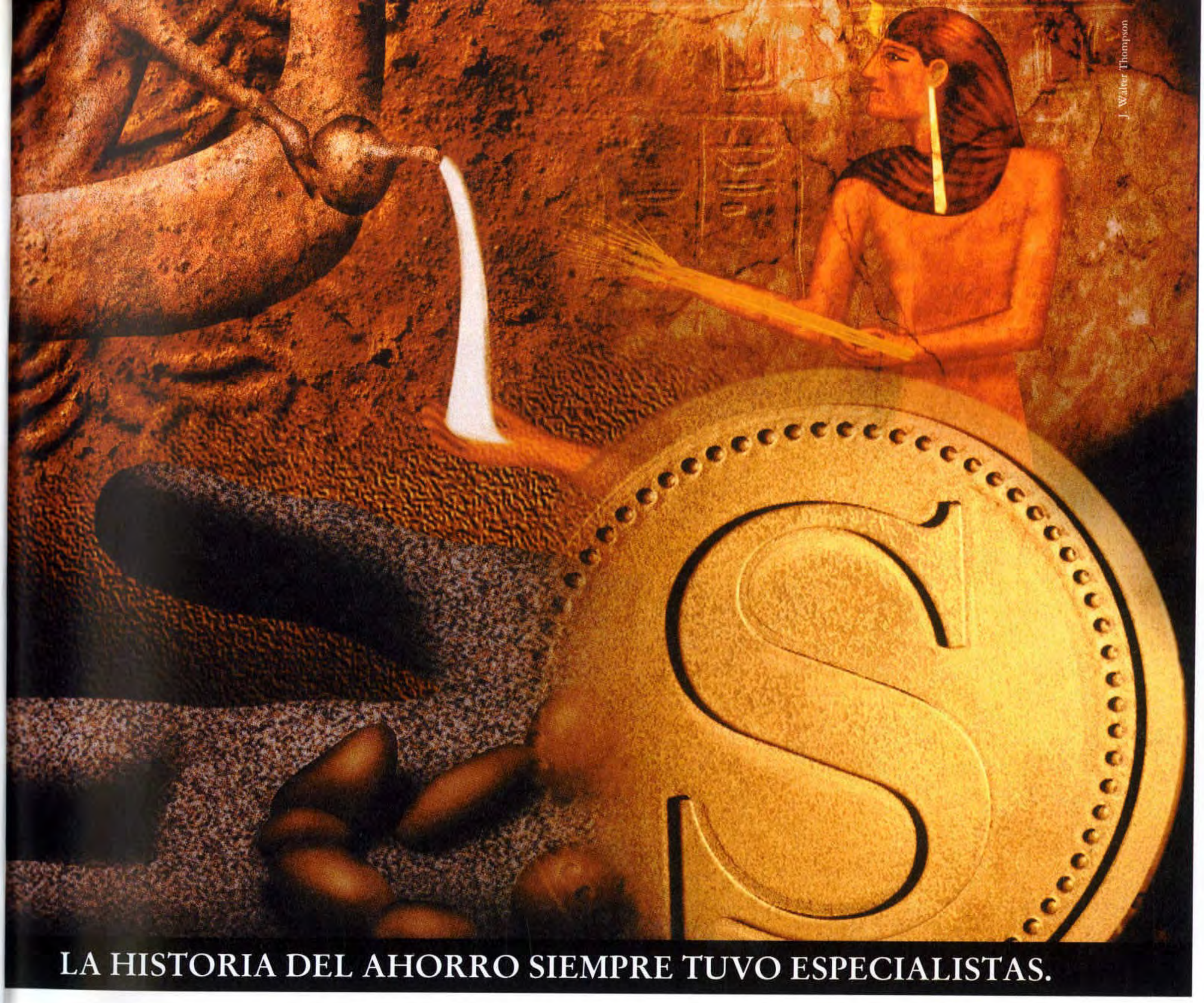
Una tarde Armando llegó cansado del trabajo, se quitó los zapatos, movió lentamente los dedos de los pies y encendió la radio. En la radio estaba Mozart, pero el muchacho se durmió. Cuando despertó el Otro Yo lloraba con desconsuelo. En el primer momento, el muchacho no supo qué hacer, pero después se rehizo e insultó concienzudamente al Otro Yo. Este no dijo nada, pero a la mañana siguiente se había suicidado.

Al principio la muerte del Otro Yo fue un rudo golpe para el pobre Armando, pero enseguida pensó que ahora sí podría ser íntegramente vulgar. Ese pensamiento lo reconfortó.

Sólo llevaba cinco días de luto, cuando salió a la calle con el propósito de lucir su nueva y completa vulgaridad. Desde lejos vio que se acercaban sus amigos. Eso le llenó de felicidad e inmediatamente estalló en risotadas. Sin embargo, cuando pasaron junto a él, ellos no notaron su presencia. Para peor de males, el muchacho alcanzó a escuchar que comentaban: "Pobre Armando. Y pensar que parecía tan fuerte, tan saludable".

El muchacho no tuvo más remedio que dejar de reír, y, al mismo tiempo, sintió a la altura del esternón un ahogo que se parecía bastante a la nostalgia. Pero no pudo sentir auténtica melancolía, porque toda la melancolía se la había llevado el Otro Yo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



HOY A LOS ESPECIALISTAS EN AHORRO Y PREVISION PUEDE ENCONTRARLOS EN EL GRUPO SIEMBRA.

Los fenicios ahorraban en sal, los egipcios en trigo, los hindúes en especias, los chinos en jade y seda, los aztecas en cacao. La previsión siempre fue una necesidad fundamental. Por eso el Grupo Siembra tiene a los mejores profesionales, para brindarle a sus ahorros la seguridad y solidez que usted desea.

GRUPO SIEMBRA
Especialistas en Ahorro y Previsión

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SOLICITE ASESOR AL 43-44-45-46 O SIN CARGO DESDE EL INTERIOR DEL PAIS AL 0-800-333-45-46.
VISITENOS EN INTERNET EN:WWW.SIEMBRA.COM.AR

dad pero no parecía sincero. Porque, ¿qué iba a pasar con lo robado hasta ese momento? ¿Y con lo que se pensaba robar luego de los dos años de veda?

De todas formas, la ilusión de construir el mundo con palabras que enmascaran la realidad no es un vicio exclusivamente argentino. Pensemos en los Estados Unidos y su presidente. Por ejemplo, cuando contó que se había puesto un cigarrillo de marihuana en sus labios pero que no había aspirado el humo y que, por ende, no había fumado. O cuando afirmó que su relación con Monica Lewinsky no había sido carnal porque no había existido coito, aunque sí algo similar con la ayuda de la boca y de un erótico cigarro. Por alguna extraña razón, la mentira del humo de la marihuana fue aceptada aunque nadie la cree. Lo de Monica, en cambio, ha sido más complicado. Datos y más datos sobre vestidos manchados y tintorerías se sucedieron hasta que el presidente pidió disculpas. ¿Tanto asesor en comunicación no sirvió para decirle unos cuantos meses antes: Mr. President, diga la verdad y todo le va a resultar más fácil?

> ¿Tanto asesor en comunicación no alcanzó para decirle: "Mr. President, le conviene decir la verdad"?

Pero la mentira no aparece sólo en política. Las costumbres sociales también saben de ella. Por ejemplo, la pulsión por lucir alegres obliga a doblegarnos ante una sonrisa que más parece una morisqueta. No importa si resulta honesta, pero sí que se vea. Personalmente, no soy ni triste ni avinagrado: me parece hermoso estar alegre cuando esa sensación refleja lo que pasa por dentro. Pero resulta patético cuando la alegría es trucha, cuando sólo se sonríe por temor a no demostrar otro estado de ánimo. Esto se ve mucho en los bares de moda donde toda la gente luce igual, homogénea. Fíjense bien: vayan a un café de esos comunes y verán de todo. Alguna pareja se pelea; otra se mira con ganas y deseo; un par de señoras gordas toman el té; algún hombre discute por vaya a saber qué. Es como si el bar reflejara la diversidad de la vida. Vayan luego a algún bar de moda –al estilo de los nuevos "tex mex"– y encontrarán sonrisas calcadas que suelen esconder en vez de mostrar.

Algo parecido sucede con el sueño de los paraísos "all inclusive", al mejor estilo de los resorts de vacaciones. Parece que todo está incluido, hasta la felicidad. Más de un amigo que supo andar en crisis vivió esta ilusión y viajó con su pareja a algún club de playa en Cancún para volver peor de lo que partió. Es que el mar azul turquesa consigue muchas cosas pero no transforma nuestras relaciones personales. Lo vamos a disfrutar si estamos bien con quien estamos, si la persona que está al lado nos atrae o nos excita, o algo. Porque el mar azul turquesa, está comprobado, no aumenta las hormonas de aquellos que, en el fondo, no quieren estar juntos.

> En los resorts de vacaciones parece que todo viene incluido en el paquete, hasta la felicidad

Esto del "all inclusive" también tiene otra lectura: para pasar unas vacaciones inolvidables hay que estresarse de alegría. Supongamos el caso de una pareja que está bien o de una familia en iguales condiciones. Llegan al resort y se enfrentan con ocho comidas por día, juegos de disfraces, windsurf, teatro, fútbol, noche de gala, gimnasia, snorkeling, cine, golf, TV por cable. ¿Alguien tiene tiempo de ponerse a hablar, de sólo boludear –como a veces es necesario hacerlo en vacaciones– entre tanta orgía de actividades? Ni pensarlo: lo que se valora es el ocio hiperactivo, la máscara dinámica de la persona que siempre está en actividad, ágil, preparada.

Algo parecido pasa con los grandes festejos anunciados para el cambio de milenio. Dejemos de lado la certeza de que el tercer milenio empieza en el 2001, como aseguran todos los matemáticos, y asumamos que el marketing manda. Hay algo más chocante: esa pretensión para festejarlo de una manera insípida, lejos del lugar que se conoce y de la gente que se quiere. Así, la felicidad llega de la mano de lo exótico aunque resulte artificial por esencia. Les cuento una: la fiesta va a empezar a las diez u once de la noche en un aeropuerto de París donde se cena y se brinda. A las doce, después de los chin-chin de lujo, hay que subirse al Concorde que, por el desfase horario, llega a Nueva York cuando aún 1999 respira sus últimos minutos. A bajar rápido y a festejar por segunda vez la llegada del milenio.

Pregunto: ¿cuál es la gracia de pasar fin de año en dos aeropuertos distintos rodeado de gente que uno no conoce? ¿A quién puede ilusionar tanto ambiente frío y despojado de olores? Intuyo que la alegría no debe estar en el momento de brindar sino en la posibilidad de contarlo al regreso. Porque si uno estuvo en París y en Nueva York tomando champán en el momento de llegar el 2000, ¿puede, acaso, no ser un tipo feliz?



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La energía que más te llega.



Gas Natural BAN apoya el arte y la cultura.
Por eso, distribuye la energía que más te llega,
en todo sentido.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gasNatural

VALGUTENBERGIA

Siempre que hemos participado ha sido sólo en apariencia. Hemos capturado un pez, en apariencia. Nos hemos sentado a las mesas, hemos bebido y hemos comido, en apariencia. Nos
PETER HANDKE,
hicimos asar corderos y
EL CIELO SOBRE BERLÍN
servir vino allá en las tiendas, sólo en apariencia. No pido engendrar un niño o plantar un árbol. Pero ya sería algo, de vuelta a casa tras un largo día, dar de comer al gato como Philip Marlowe. Tener fiebre, tener los dedos negros después de leer el diario, fascinarse no sólo por el espíritu sino, al fin, por una comida, por una oreja, por la curva dorada de una nuca.

La prosperidad no cambia a los hombres, sólo los desenmascara.

SÉNECA

He aquí el dilema, por un lado queremos sobrevivir, adaptarnos, aceptar las cosas tal cual están; pero,
PAUL AUSTER, EL PAÍS
por otro lado, llegar a eso
DE LAS ÚLTIMAS COSAS
implica destruir todas aquellas cosas que alguna vez nos hicieron sentir humanos.

Tuve que esperar media hora en una gran sala helada. Por fin llegó la duquesa, gentilísima, y me pidió que tocara. Yo tenía frío no sólo en las manos sino en todo el cuerpo y en los pies; al final, para abreviar, toqué en un infame y miserable piano. Pero lo peor fue que la duquesa y los
WOLFGANG AMADEUS
demás señores no dejaron ni
MOZART
por un momento de conversar. Ellos seguían como si nada ocurriera, y yo tenía que tocar para las sillas, las mesas y las paredes.

Debajo de los adoquines está la playa.

GRAFITTO DEL MAYO FRANCÉS

Si te dan papel pautado,
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ
escribe por favor del otro lado.

Estamos, desde los
NIETZSCHE
primeros comienzos,
habituados a mentir.

Siempre creí que el plástico no se descomponía nunca... Pero se descompone.

DOUGLAS COUPLAND, GENERACIÓN X

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La frivolidad es la forma suprema del sarcasmo.

PACO JAMANDREU

Las únicas personas civilizadas
de la playa de Albufeira son
esos campesinos que a veces
bajan de sus chacras de higos
y almendros, vestidos de
negro bajo el sol torrencial,
y que se quedan contemplan-
do en silencio, un poco
asombrados, pero con altura
e indulgencia y sabiduría, a
los turistas que, disfrazados
de ranas, desollados vivos en
la resolana, metidos en bolsas
de toallas, engrasados como
JULIO RAMÓN RIBEYRO,
armas de fuego, han desem-
PROSAS APÁTRIDAS
barcado de vehículos rodantes
venidos del norte y ahora
retozan en la arena, leyendo
"Die Welt", "The Times",
"Le Monde", e introducien-
do, sin saberlo, en ese
espacio bellísimo, los prime-
ros signos de la barbarie.

Me senté a una mesa en la
que había ricos manjares,
vino en abundancia y
obsequiosos ayudantes;
pero la sinceridad y
HENRY DAVID THOREAU,
la verdad no estaban ahí, y
WALDEN
me escapé más hambriento
aún de lo que estaba
cuando llegué.

Yo no usaba el vos.
Nadie en mi generación
SILVINA BULLRICH,
usaba el vos. Decíamos
TE ACORDARÁS DE TAORMINA
"tú" como cualquier
persona civilizada.

Ya he visto prácticamente
todas las narices arregladas
todos los dientes con funda
todas las tetas remozadas
SAM SHEPARD,
que puedo soportar.
CRÓNICAS DE MOTEL
Me voy de regreso a la
mujer natural.

Oh, malditos todos, pensó el adolescente. Malditas las luces vivas que nadie usa para leer, maldita la música constante que nadie oye, malditos los grandes pianos que nadie sabe tocar, malditas las casas blancas hipotecadas hasta el desagüe de lluvia, malditos porque saquean el océano pescando para alimentar a los visones cuyas pieles ellas usan, y malditos sus estantes en los cuales hay un solo libro —un
JOHN CHEEVER,
ejemplar de la guía telefónica
BULLET PARK
encuadernado con brocado rosado. Maldita su hipocresía, maldito su idioma diplomáticamente falso, malditas sus tarjetas de crédito, maldita su ignorancia del bravío espíritu humano, maldita su impoluta pulcritud, maldita su lascivia y malditos todos y sobre todo por haber despojado a la vida de la fuerza, el hedor, el color y la fiereza que le confieren sentido. Aullemos, aullemos sin descanso, aullemos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



FOTOS **Adriana Lestido**

acercarse a la muerte

TESTIMONIO DE UNA MUJER INFECTADA CON EL VIRUS DEL SIDA

POR **Marta Dillon**

Periodista y poeta. Nació en Mendoza
y vive en Buenos Aires desde 1986.
Es autora del libro "Convivir con virus".

Mirarme es un ejercicio que aprendí después de muchos años de andar temiendo a los espejos. Lo conocí después de haber besado a la muerte en la boca. La muerte era entonces una amante esquiva a la que perseguía sin saber que ella tejía un nido en mis venas.

Siempre me gustó ir a los velorios, sentir esa camaradería que crea entre los vivos rodear a uno que está sin estar. Los vivos hacemos para él nuestros pequeños rituales. Bebemos las copas que el muerto ya no probará, caminamos sus rutas, esas que pisó cuando era uno de los nuestros. Todo brilla para los que quedan liberados cuando termina el entierro, porque todavía podemos volver a la trivialidad de la vida: a pesar de la tierra que cae sobre quien quisimos, seguimos teniendo hambre y sueño y ganas de enamorarnos. Pero ahora sabemos que todo puede acabar.

Así, con la certeza de lo finito, miré el jardín del Hospital Ramos Mejía después de que dos extraños me escupieran lo que les quemaba en la boca, un diagnóstico como una bomba que hacía tic tac en mi oído sin saber cuándo ni cómo iba a detonar. Tenés sida, me dijeron, pero eso no quiere decir que te vayas a morir ahora. ¿Ahora? ¿Qué era ahora? Sentada en un banco, encandilada por el verde esmeralda de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los canteros, me doblé en dos y vomité. Dejé sobre el pasto una mancha de impotencia y los restos de la persona que ya había dejado de ser. ¿Tan lejos tenía que llegar? ¿No me había alcanzado con descontar amigos como si se deshojara una margarita que también yo me sometía a ser arrancada como un pétalo? Es casi imposible aprender de la experiencia ajena hasta que la recordamos dolorosamente en el cuerpo. Como una daga se hunde la certeza de que podríamos haber aprendido antes si nos hubiéramos sacudido a tiempo el polvo de la soberbia.

Cuando recibí mi diagnóstico, hacía apenas unos meses que habíamos enterrado a una amiga, a Liliana Maresca. Desde entonces yo sabía que tenía que hacerme ese análisis como la metáfora de que "tenía que hacerme cargo". El lento proceso de su muerte –más de seis meses de agonía– me mostró tantas cosas que no las pude aprender. Todavía vuelvo a esos días como a un oráculo donde siempre encuentro firmeza. Nada es casualidad, no para mí. Por algo me tocó estar a su lado. Cuando Lili ya pesaba menos de 40 kilos, entre sus amigas nos turnábamos para cuidarla. En mi horario, llegaba hasta su cama arrastrando un rumor de calle, de negocios mal hechos, de amores no correspondidos que se apagaban de pronto frente a ese cuerpo tan necesitado de lo fundamental: una caricia, un poema, una sola palabra que dé luz a la esperanza. No una esperanza vana de sobrevivir a lo inevitable, sino la de comprender que ya no había pasos para dar sobre la cubierta, en contra de la dirección de ese barco que desde el principio de su travesía sabe que la muerte es el destino.

Estar con Liliana era hacer un intervalo, ese silencio que hoy busco desesperada para que otra vez hable la esperanza. Una distinta que me permita confiar en que algo he aprendido.

En esas pausas junto a su cama de colchas blancas, bajo el mar de un cuadro que le traía algo de la playa y otro que la dejaba meterse en el bosque, empecé a darme cuenta. A sentir sobre la piel, con la claridad con que se recibe el calor de una mano en la espalda, que yo sí tenía una oportunidad, que ese rumor de cotidianidad mal digerida sólo hacía interferencia, un ruido a fritura que tapaba la voz de mi deseo. Deseo enano que ya no sabía hablar.

El silencio que la lenta mano de la muerte imponía licuaba todo, incluso la tristeza de su partida. Cada crujido de las sábanas, entonces, era motivo de euforia. "Todavía no", pensaba y me gustaba verla sonreír cuando un viejo grabador la envolvía con esos boleros románticos y sencillos que eran lo único que quería escuchar. ¿Por qué boleros, por qué esa fantasía de cotillón para sus últimos momentos? "Porque la vida es una flor y el amor el perfume", decía y su mano de artista plástica, casi escapada de los cuentos de la cripta, seguía dibujando en papeles cada vez más pequeños, cada vez con menos formas. Colores puros para su despedida, después de haber trabajado casi toda su vida el despojo.

> LILIANA DECIDIÓ MOSTRAR ALAMBRES DESNUDOS, ESQUELETOS DE UN ESPLENDOR QUE YA NO ERA

Su obra podía ser escalofriante de tan desnuda. Al poco tiempo de haberse enterado de que tenía VIH, Liliana Maresca presentó una muestra en el Centro Cultural Ricardo Rojas que se llamaba *Lo que el viento se llevó*, un conjunto de muebles de playa a los que se había arrancado la tela. Alambres desnudos, esqueletos de un esplendor que ya no era. Poco después, en el Centro Cultural Recoleta prendía fuego en ataúdes para exorcizar el negro azabache de la muerte sin sentido que entonces para ella sucedía muy lejos, en la Guerra del Golfo. Aunque todas las muertes sean un presagio de la propia. Su obra sólo cambió sobre el final. Sobre el final, ponía luces en autitos de juguete, pintaba Pinochos de madera en colores primarios, pinturas amorosas y pequeñas que ya no se rebelaban contra lo inexorable pero seguían festejando lo fundamental: esas obras pedían ojos que supieran detenerse en las pequeñas cosas.

DESNUDARSE

¿Las situaciones límite nos ayudan a descubrir lo fundamental? ¿Describe algo esa palabra? Lo fundamental no tiene un nombre, habita enmascarado en un ciclo que apenas permite pequeñas intervenciones –payasos que cruzan la arena del circo y desarman la tensión del equilibrista– para dejarnos creer que hay un sitio en el que es posible sentirse parte. Un sitio invisible hacia el que me encamino; y desde entonces, desde que supe que daba el primer paso, aprendí que todo lo que está lleno en algún momento se vaciará. Eso es todo.

Despojarse es la tarea para poder andar. Recordar que lo que tengo, alguna vez lo perdí. Me visto, y al momento siguiente cualquier distracción me obliga otra vez a desnudarme. Necesito quitarme todo hasta que nada intervenga entre mis ojos y yo. Así me ando escudriñando, buscando en el es-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



pejo las marcas que anotan en secreto un mapa de los pasos ya dados. ¡Y cómo me cuesta ver allí algo más que las arrugas, las espinillas, los restos de maquillaje! Estoy tan cerca de mí que pierdo el foco y la mirada hurga más adentro, donde los ojos ya no sirven.

Es difícil hacer silencio, acallar uno a uno los pensamientos. Que queden mudos. Que no sobreviva ni el mínimo plan para el día siguiente. Que se callen todos: la necesidad de pagar la luz, de despertarme temprano, de comer más zanahorias, de caminar más cuadras.

¿Que queda de mí cuando dejo en el piso todos los disfraces? Apenas una mujer desnuda con el cuerpo castigado de tanto pedirle por favor que me dé una prueba de que hay algo más detrás de sus funciones mecánicas. Tal vez el ocaso temprano de esa promesa que adivinó mi madre cuando me amamantaba. Apenas otro tamaño y mucho más pelo para el mismo desconsuelo de no poder volver a su interior protegido donde vida y muerte no eran ni siquiera palabras. Si no me desnudo, si no echo a rodar hasta el último de mis afeites, empiezo a navegar otra vez en la ficción de que lo importante es ser alguien; periodista o casada o una mujer independiente que une palabras como quien enhebra mostacillas y sale a venderlas como adornos.

No soy más que la pregunta que el espejo me devuelve cuando escarbo en mis ojos. Un interrogante que se aferra a la vida como los clavos que hieren la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pared lisa de la montaña y sostienen al alpinista. Con la misma tenacidad de quien escala me aferro a la superficie imposible de la conciencia de estar viva. Eso es todo lo que queda.

Cuando estoy así expuesta, sólo me importa respirar y que el aliento me alcance hasta el amanecer. Porque entonces todo parece girar a buen ritmo y en esa danza puedo dar algún paso sabiendo que nunca más volveré a dar el mismo. Para despedirme de él sin nostalgia. Mientras tenga mis dos pies podré dar muchos otros y alguno, tal vez, termine cayendo en el vacío que me espera con los brazos abiertos, donde vida y muerte no sean ni siquiera palabras.

Mirar la muerte a la cara nos da una idea de nuestro tamaño real. Nos expone a un infinito desconocido del que huimos –mientras sea posible– acomodando las plumas y los palitos de nuestro nido. Jorge Gumier Maier, artista plástico y curador durante mucho tiempo de la galería del Rojas, supo ver una constante en la obra de los artistas que enfermaron de sida, acá, en el sur del continente. Ellos, Omar Schirilo, Liliana Maresca, Feliciano Centurión –por mencionar sólo los que ya no están–, decididamente celebraron la vida en las pequeñas cosas: Omar con sus maravillosas copas recamadas en caireles de fantasía, trofeos dedicados a la salud, la ropita linda, el aire libre, la comida; Feliciano bordando con pasión de abuela sobre frazadas y manteles las afirmaciones que lo ataban al mundo: te doy una flor, planto semillas en mi corazón de tierra fértil; Liliana y sus juguetes que pedían por favor la inocencia de los primeros tiempos. Tal vez por nuestra historia tan llena de muerte, me dijo alguna vez Gumier, ellos no se quedaron atrapados en el retrato de la sangre y el dolor de la agonía como pasó con muchos artistas enfermos en los países del norte.

La otra cara

Cuando supe que el VIH minaba lentamente mis defensas, después de estamparme en el jardín del hospital la mancha de mi impotencia, llamé a Feliciano. El me calmó con sus manos como palomas, me abrazó fuerte y me dijo lo que entonces apenas podía escuchar: "Esta también puede ser una buena noticia". ¿Buena noticia el extremo de la promesa de una muerte joven, dejar a mi hija como mi mamá me dejó a mí porque los militares se la habían llevado a su destino final? Todo era demasiado gráfico, estaba repitiendo una historia que nunca había podido digerir. Era fácil pensar que la oportunidad de seguir mi íntimo deseo era ahora cuando el tiempo parecía estar de mi parte. Ahora que el tiempo tenía las alas negras de un ave de rapiña y despertar a mi hija para ir a la escuela me conmovía hasta las lágrimas. Cada vez que me acercaba a su cama con el vaso de leche caliente, quitándole los restos de sueño con una caricia, me asaltaba el presagio de no poder seguir cumpliendo ese rito pequeño en el que se fundía la complicidad de ser madre e hija, mujeres solas que enfrentaban al mundo con el poder de ser dos que se adivinan con los gestos. Me llevó mucho tiempo convertir ese presagio en la clave de mi alegría. Pero ese era el desafío: dejar de llorar por lo que todavía no era y empezar de una vez a agradecer lo que tenía. Ahora, años después, me di cuenta de que lo que tengo siempre es mucho más que lo que me falta. Entonces leer un cuento, hacer un picnic el domingo tiene el valor de una obra de arte: en esos gestos, estoy segura, voy a sobrevivir.

> UN INTERROGANTE QUE SE AFERRA A LA VIDA COMO LOS CLAVOS QUE HIEREN LA PARED DE LA MONTAÑA

Por esos días, cuando me sentía tan frágil como una hoja en el viento, fui parte de una muestra efímera que cada año realiza un grupo de artistas. *¡Viva la muerte!*, se llamó a ese exorcismo colectivo en el que todos tratábamos de encontrar un significado distinto para lo que siempre vivimos como simple final, el límite que decía que hasta ahí habíamos estado vivos. Sin embargo la muerte nunca se separa de la vida, hacia allí caminamos sin querer, de ella nos escapamos como podemos, pasajeros de una cinta mecánica que caminan alejándose de la dirección emprendida bajo sus pies. Destino inexorable, y sobre el final, hasta deseado. En ese primer año, en 1994, Ana López –una de las mujeres que rodeamos la cama de Maresca y también artista plástica– y yo nos abrazamos fuerte cuando las obras de ese *¡Viva la muerte!* empezaron a arder lamidas por un fuego intencional en el que se quemaba también el miedo. Una a una las obras se encendían frente a nuestros ojos y el miedo a morir no era una metáfora. Se respiraba en el sótano del Parakultural, saturado de humo, como anunciando la tragedia que intentábamos conjurar. El fuego se apagó y como después de un entierro volvimos a nuestras cosas, liberadas por el drama que habíamos actuado. Con el dolor como un gusano que seguía en nuestro pecho su camino particular, abriendo un surco que conduce al resto de los sentimientos. La vida fugaz de esas obras que cada artista construyó

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

RCT

Club Vacacional

Para ser dueño
de la mejor manera
de vacacional

INFORMES 4374 - 0852 / 0862

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



durante días era otra vez una metáfora para esa premisa fundamental: lo que sube bajará, lo que está vivo morirá, lo que está lleno se vaciará. Nada nos pertenece del todo. A esa última morada a la que los vivos nos acompañan con su secreto alivio, no es posible llevar equipaje. Llegamos al mundo y nos vamos de él solos, desnudos.

Si vuelvo a la pregunta sobre lo fundamental, sobre si las situaciones límite nos acercan a lo verdaderamente importante, no tengo respuesta. Yo misma he pasado más de una situación límite pero entonces no vi nada, seguí nadando como la sobreviviente de un naufragio, dando brazadas ciegas en busca de una orilla que creía siempre lejos de mí, en otro lado. ¿Qué es lo fundamental? No tiene nombre o tiene para cada uno el propio. Cuando Batato Barea, ese clown entrañable, artista de performance, supo que iba a morir, cumplió hasta el último de los deseos, se puso pechos, dos tetas enormes que eran una prueba más de su coherencia. Hasta el final fue fiel a su deseo, a su identidad más íntima.

Mirta, una empleada doméstica que apenas pasó los cuarenta años, me habla de la pérdida de su hija, una adolescente de 16. Por más que intente buscar una razón, ella no la encuentra, no la quiere, se enreda en el sinsentido que le permite seguir viviendo, creyendo que el absurdo sólo sucede una vez en la vida. Pero después de que la espina de su dolor se le enquistara en el cuerpo empezó a estudiar. Terminó el secundario, está cursando el CBC de Sociología, todavía siente el impulso de correr detrás de su nena y terminar de una vez con todo. Y no lo hace, trabaja limpiando casas ajenas por cinco pesos. No tiene nada, nada más que esa garra, esa necesidad de seguir blandiendo su ma-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

chete para abrirse camino en la vida, esa jungla cerrada en la que sólo de a ratos se filtra el sol.

Vivir duele, Martita, me dice Marcia Schvartz, otra artista compañera de despedidas; yo también fui una estrella refulgente, fui joven y bella pero yo no me puedo ir, tengo que seguir viviendo mientras los chicos crecen y yo envejezco. Tengo que aprender a madurar, un saber aburrido y sin romanticismo que me duele todos los días. Es tan doloroso, le contesto, que a veces nos tientan los mundos de plástico con su brillo de baratija y su estruendo de fuegos artificiales. Pero cuando algo nos obliga al silencio no queda nada. Y de eso se diferencia la vida, no de la muerte, sino del vacío.

El día en que Feliciano me habló de la buena noticia de mi enfermedad yo le creí. Estaba tan frágil que el bastón de su alegría sirvió para sostenerme en medio del derrumbe de todo lo que hasta entonces creía importante. Me separé, abandoné los negocios mal hechos, hice un plan para pagar mis deudas y dejé el ruido de la ciudad para buscar lo fundamental. Para encontrarme con eso que quedaba en el espejo después de la bomba, una cara como un campo arrasado pero fértil para volver a arar. Me fui a vivir a un lugar donde todavía el pasto cubre las veredas y los ruidos más molestos los traen los gallos al amanecer. Esa casa en la que todavía resisto es la misma donde mi mamá pasó sus últimos días, antes de que la dictadura la secuestrara y la asesinara. Tenía otras opciones, pero elegí esa. Si el tiempo para mí se estaba descontando, lo fundamental entonces era saber claramente quién era. Sacarle lustre a ese eslabón entre generaciones que era mi paso por el mundo. Me di cuenta de que la persona que era, hasta ese momento, no me gustaba. Egoísta, mentirosa, soberbia. Muchas veces me miré en el espejo y tomé conciencia de tantas oportunidades perdidas. Palabras, nada más, palabras que me consolaban porque las iba a lavar en el tiempo que empezaba. Ya.

Ayudar

Todo brillaba entonces con el reflejo de lo efímero. Cada momento era precioso porque su sombra me decía que sería el último. Tenía que estar viva de verdad antes del último silencio. Seguí en contacto con Feliciano hasta que él también empezó a morir. Pero esta vez presentía que su destino no era inexorable, se estaba dejando llevar, se negaba a la medicina que alentaba los cócteles que nos salvaron la vida. Nunca pude decirle claramente que sentía que él estaba renunciando. No pude salvarlo, no le devolví lo que había hecho por mí.

> CUANDO MI HIJA ME HABLABA DE SUS DEBERES, LE DECÍA QUE ESTABA TRABAJANDO. ESA ERA MI RESPUESTA

Otra vez me encontré en el espejo, andando por la casa que era mi refugio, habitando el desconcierto de la muerte absurda. El tuvo su situación límite y todavía creo que no quiso aprender. Son elecciones, es cierto, y yo elegí otra cosa. Elegí seguir en el camino. Levantarme temprano para asistir a un trabajo mecánico y gris. Hacer la leche para mi nena. Cuidar mis plantas, ver cómo el mundo empezaba de nuevo cada día y cada noche. Juntaba los palitos y las plumas con las que construía mi nido. Tenía que alimentarme, tomar mis medicamentos, cuidar lo fundamental. Sobrevivir. Respirar, respirar, un día más. Y otro.

Dejé entonces los proyectos pretenciosos. Hacía cuatro años que mi energía se iba detrás de una publicación que sostenía con trabajo desde la mañana hasta la noche. Creía que así, dejando mi sudor en unas páginas y unas cuantas letras de molde fijaría también mi nombre en la memoria de algunos, me salvaría del olvido alumbrando mi propio proyecto, una revista, *El Libertino*, que festejaba el deseo erótico como el pulso original. Cuando mi hija me hablaba de sus deberes le decía que estaba trabajando. Era mi respuesta favorita a cualquier reclamo. Trabajar me parecía la única fuente de valoración de mí misma, si podía producir dinero también la sociedad me reconocería como un engranaje valioso para su maquinaria. Cuando Feliciano empezó a adelgazar, cuando su cuerpo se volvió tan liviano que ya no podía verse la huella de sus pies, comencé a pensar que estaba perdiendo el tiempo. Otra vez lo fundamental cambiaba de nombre. Si algo me importaba que quedara de mí era el amor como un sello sobre la piel de mi hija. Daba lo mismo que fuera intelectual, poeta o empleada administrativa, y si sólo se trataba de conseguir lo mínimo para comer, vestirse e ir a la escuela, opté por lo último. Acepté un trabajo de 8 a 14, archivando papeles, ordenando datos para que ellos también sobrevivan al tiempo. Cuando Naná, mi hija, salía de la escuela, yo estaba libre para ella. Por supuesto nunca dejé la poesía. Volver a casa, ver ponerse el sol, asistir al cambio de las estaciones era una experiencia tan reveladora que usaba las palabras como una red para atrapar la belleza y pegarla so-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



bre el papel como a una mariposa. Ya no tenía que vivir de lo que entonces consideraba mi arte y ahora apenas un oficio. Las palabras me salvaban de ser una espectadora impotente de los ciclos de la vida. Pero ya no tenía que trabajar con ellas para que me devolvieran dinero y eso me permitió aprender a escribir. Sin urgencia, nombrar las cosas parecía más fácil. Y así, como tantas personas que de pronto se sienten encerradas por su destino, empecé a liberarme escribiendo lo que me pasaba. Anotando como en una bitácora de viaje cada paso que daba para transformar mi enfermedad en un nuevo nacimiento. Sólo que ahora me paría a mí misma.

La experiencia de uno siempre condiciona al resto, sobre todo a esas personas que estamos atadas a los lazos del amor. Mientras yo miraba cómo cambiaba el valor de las cosas, mi amiga Ana López no salió intacta de la pérdida de Feliciano. Al poco tiempo enfermó de algo que dos años más tarde todavía no tiene diagnóstico: puede ser lupus, puede ser artrosis. Todo su cuerpo se paralizó y cada movimiento era un dolor agudo que no la dejaba respirar. Necesitaba ayuda para vestirse, para ir al baño, para comer. Ella no había podido decir lo que en un momento le resultaba fundamental: llorar junto a Feliciano y pedirle que tome los medicamentos, que no se muera, que no nos deje huérfanas otra vez. Y el camino de su angustia, el poder de lo no dicho le agarrotó los huesos.

¿Qué quedaba de ella cuando no podía hacer nada, cuando sus manos no podían pintar, su boca, llena de af-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tas, no podía hablar? Quedaba Ana. Ana recostada en una bañera de agua tibia para calmar el dolor, como en ese útero donde las palabras no existen. Y por supuesto, no sirven para mentir. Ana esencia que entendió que solos llegamos al mundo y solos estamos siempre. Ese fue su punto límite. Desde el fondo de ese líquido que la aliviaba se movieron sus manos deformadas por la enfermedad para volver a pintar.

Primero una bañera sobre un fondo completamente negro. Después el rostro sin vida de Feliciano festoneado por las puntillas de su ataúd. Más tarde una flor, un ramo para el amigo que ya no está. Entonces las flores la llevaron a la vida. Pintó el paraíso, los pájaros, su cocina como el lugar mágico en el que daba los primeros pasos de la mañana y se daba cuenta otra vez de que estaba viva. Después fueron los paisajes de su niñez, la tierra de sus padres, y el mundo para ella empezó a girar otra vez. Podía verse en el espejo y buscar las marcas de la enfermedad que lentamente cicatrizaban. Aprendió algo que no puede nombrar pero a eso recurre cuando la desesperanza cotidiana la traiciona.

Hace muy poco nos encontramos, Ana y yo, en una nueva edición del *¡Viva la Muerte!* La cuarta o la quinta, hemos perdido la cuenta. La consigna, esta vez, era llevar la obra sobre el cuerpo, lo que sea, un dibujo, una frase. Ella llegó vestida de negro con un pequeño esqueleto –artesanía mexicana– que le rodeaba el cuello como un bebé a upa de su madre. Vine con un amigo, decía a quien le preguntara. Nos vimos en medio de un carnaval vano, casi una fiesta de Halloween, esa que no nos pertenece. Yo pensé mucho en qué hacer para ese día. Quería decir algo de lo que aprendí después de tanto romance con la muerte. Pero no pude. Escribí en mi espalda y en mi pecho un mensaje desprolijo como un graffito: Aun cuando no quede nada, algo de mí quedará. Fue un acto instintivo del que después me avergoncé. Nadie entendía por qué esa necesidad de aferrarme al mundo cuando es tan moderno alardear de que nada quedará ni siquiera en la memoria. Cuando todos exhibían su obra con afán de reconocimiento, de una originalidad de efectos, vacía. Caminé por ese carnaval sin tocar el piso. La muerte para mí es una compañera a la que esquivo hasta que llegue el momento. Mientras tanto me queda la ilusión de que sirvo para algo. Que puedo ser útil para mis amigos, para la gente que amo. Que puedo servir, aunque más no sea por este acto exhibicionista de decir y escribir que vivo con VIH para que algunos más se animen a salir de su encierro. Y eso es lo que creo que quedará de mí, el amor que entregué, el que recibí. El ansia de abrir una brecha aun en la selva más cerrada. Y si nada de eso queda, quedará para mí la certeza de haber estado plenamente viva hasta el exacto momento de mi muerte.

> La muerte para mí es una compañera a la que intento esquivar hasta que llegue el momento

> Debajo de todo hay un cuerpo al que es difícil amar, que engorda por la medicación

Sin embargo, no siempre se pone el blanco sobre el negro. Las certezas que se aprenden en los momentos de crisis se diluyen cuando nos afirmamos en un par de rutinas que se nos antojan eternas. Vivir con VIH se parece cada vez menos a esa condena a muerte que escuché con mi diagnóstico. Ahora me preocupa ser periodista, independiente, amada. Aun cuando me enfrento al rechazo de quienes me temen como si fuera un container de residuos tóxicos, la vida me lleva por las trampas cotidianas. Ahora que ya me convencí de que no voy a morir joven, de que el papel de héroe ya no es para mí, tengo que volver cada vez al espejo a encontrarme desnuda, sin artificios, para recordar eso que aprendí: la esperanza. Porque debajo de todo, de un cuerpo al que es difícil amar, que engorda por la medicación, que tiene diarreas casi todos los días que me obligan a cambiarme la ropa dos veces por día; debajo de eso, estoy yo. Pude dejar mi trabajo administrativo y volver a la artesanía de las palabras, lo que mejor sé hacer. Mi hija hace sus deberes a mi lado muchas mañanas, ella también sabe que para ser feliz, aunque sea fugazmente, es necesario cumplir con lo que se desea. Y a veces se pierden algunas cosas en ese camino, como en cualquier otra opción. Ya no necesitamos estar todo el tiempo juntas, ella va a sus clases de gimnasia, juega a lo que más le gusta y va descubriendo de a poco lo que quiere. Eso que a mí me costó tanto y que a ella también algún día la va a herir. Porque encontrarse debajo de la agitación cotidiana, sin nada que nos proteja, buscando un nombre que nos defina, siempre lastima. Nada es como lo planeamos, pero es. Yo soy, con mi historia, mis dolores, mi respiración que no cesa y este deseo de seguir aprendiendo de ese ciclo que apenas me otorga un mínimo lugar en el mundo. Ser un payaso que cruza la arena del circo para hacer su número y brillar un breve instante antes de volver a su lugar. Mi lugar, el fundamental ■

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El Saludador

de Roberto Cossa

Con Hugo Arana
María Cristina Laurenz
Gerardo Serre

Puesta en escena:
Daniel Marcove
Roberto Cossa

Miércoles a domingos 21 hs.
Platea $ 8.-
Miércoles $ 4.-

Teatro San Martín
Avda. Corrientes 1530
Servicio de información: 0-800-333-5254

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

GOBIERNO DE LA CIUDAD

Vamos a vivir mejor en Buenos Aires



POR **Luis Gruss** Periodista y escritor, autor del libro de aguafuertes "Malos poetas". Porteño, nació en 1953.

LITERATURA



La hoguera de las vanidades
Tom Wolfe

El gran circo humano. El filósofo y narrador francés Jean-Paul Sartre dejó escrito que en Nueva York uno nunca se siente solo, pero que allí siempre es posible sentirse un ser insignificante. Llegando desde París, a mediados de los años sesenta, el padre del existencialismo había encontrado una ciudad impersonal y hostil, donde lo que se dice raramente es lo que se hace. Distinta fue la mirada del escritor y periodista Truman Capote, que hizo de esa ciudad su fortaleza. Ubicado en una posición más neutral, el estadounidense Tom Wolfe optó, al encender **La hoguera de las vanidades**, por la vivisección cruda. El ha compuesto acaso "la novela" de Nueva York. La más irónica. La más descarnada e impiadosa. Acaso, también, el mejor espejo donde se proyectan el mundo de Wall Street y las altas finanzas, el desigual friso de Harlem, los restaurantes de moda y las fiestas alucinantes de Park Avenue, esos grandes aquelarres como los que organizaba Capote en los tiempos idos. En pleno centro de esa ciudad llena de sombras y luces enceguecedoras transcurre como un autómata Sherman McCoy, antihéroe de esta historia. Es el rey indiscutido de la selva eléctrica, el Amo del Universo, un yuppie culto y resignado, un asesor financiero cuya estrella asciende más y más bajo un cielo de diamantes bien pulidos. Sherman tiene esposa a su nivel, tiene perro y tiene hija, pero también cuenta en su haber con una amante lujuriosa que al parecer hace muy bien los deberes y completa con sensualidad gatuna el bonito paisaje urbano. Tom Wolfe, conocido promotor y artífice del llamado nuevo periodismo estadounidense, arma el rompecabezas sin ahorrar detalles. **La hoguera de las vanidades** es en tal sentido una sátira social de amplio espectro –la novela llegó a ser comparada con la obra de Balzac, aquel impiadoso crítico de costumbres de la Francia del siglo pasado–, a la manera de un fresco monumental. En sus páginas la parodia y la tragedia van unidas. De hecho, el eje del relato es el asesinato "no intencional" de un joven negro a manos de la hipócrita amante de McCoy. A partir de ese hecho, que inicialmente parecía destinado al olvido, empiezan a moverse todo tipo de intereses, incluidos los del periodismo, siempre listo para sacar partido de los dramas ajenos. Fallow, un cronista bebedor e inescrupuloso, llega a ganar el Premio Pulitzer por su cobertura del caso, mientras todos los demás involucrados –sin exceptuar en esta generalización a los sectores políticamente correctos– se desplazan en la misma e interesada dirección. La hoguera, finalmente, se resuelve en un gran circo humano, en un doble discurso que todos disfrazan de principios morales y en una subrayada sensación de impotencia y escepticismo por parte de quienes desearían que alguna vez las cosas funcionaran de otro modo.



Generación X
Douglas Coupland

Gente de ningún lugar. Equis es una forma cómoda de nombrar la nada. El escritor canadiense Douglas Coupland, nacido en 1961, eligió esa letra como una metáfora de "la generación del vacío". Dag, Andy y Claire –los protagonistas de esta odisea casi inmóvil– aspiran a encontrar entre todos los discursos uno que les sirva para llenar con una voz ese desierto. Quieren dejar atrás la indigestión que les produjo el mundo del pop y el consumo, la fiebre de las modas rápidas y superficiales. Dice Andy en un pasaje: "Habría que preguntarse qué es lo que hace que nos merezcamos helados, zapatillas o trajes. (...) Ahora tengo la sensación de que en realidad no los merecemos". Los X no son rebeldes sino residuos. No reivindican nada. Son en general desocupados y para existir eligen un perfil sombrío. Fragmentario y provocador, este libro ha sido escrito por y para el lector estadounidense. Desde aquí, sin embargo, se lo puede rescatar como una apuesta a una vida menos artificial. "Quiero que me hables de un momento de tu vida que demuestre que estás vivo de verdad", le dice Claire a un interlocutor casual. Y antes de escuchar una respuesta, amplía un poco más su pedido. "Cuando hayas muerto y estés flotando por ese sitio al que iremos todos, ¿cuál va a ser tu mejor recuerdo de lo que significa ser alguien en esta tierra?" En las posibles respuestas a estos densos interrogantes deambula como puede la generación X.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Las relaciones peligrosas
Choderlos de Laclos

De eso no se habla. Considerado como un clásico de la literatura erótica de todos los tiempos, **Las amistades peligrosas** es más bien una pintura de la decadente aristocracia francesa prerrevolucionaria. A través de su lectura emerge un ambiente social guiado sobre todo por el encubrimiento y por una prudencia llevada al plano de lo absoluto. Los personajes de Laclos –refinado escritor y militar que en los años de la Revolución Francesa simpatizó con el partido de los jacobinos– mienten a tal punto que, parafraseando al portugués Fernando Pessoa, "hasta fingen que es dolor el dolor que de veras sienten". Curiosamente, como lo señala el escritor y crítico André Malraux en el prólogo a la edición española, en un libro que parece dominado por las pasiones sólo hay una que merece el nombre de tal. La víctima de todos los juegos, la desencantada madame de Tourvel, enfrenta una compleja trama fundamentada en la maniobra y la mezquindad. Ella cree, se entrega y naturalmente pierde. Los demás, con la relativa excepción del conde de Valmont, no arriesgan nada. Y si bien es cierto que toda intriga es una arquitectura de falsedades, también es verdad que el edificio así construido tarde o temprano se derrumba. Los personajes de este libro carecen prácticamente de biografía. Se definen a cada instante por sus actos. Y hasta el erotismo se ve mediatizado en ellos por la cultura de época. Al respecto dice también Malraux: "A todo lo largo de esta célebre apología del placer, ni una pareja se mete una sola vez en la cama sin una idea previa, fríamente calculada".



Fin de fiesta
Beatriz Guido

Más allá del Riachuelo. La adolescencia, se sabe, es una enfermedad que se cura con el tiempo. Para curar la vejez, en cambio, no hay terapia que resulte. Entre irónica y delicada, Beatriz Guido (1925-1988) parece decir algo parecido en esta novela injustamente olvidada, pese a que su vigencia y calidad literaria son indiscutibles. La autora de **La casa del ángel**, cuya obra alcanza a delinear en su conjunto el lento derrumbe de la aristocracia argentina, pone foco en Braceras, un caudillo político, un estanciero que considera al país como a su hacienda. En torno al cacique y al cerrado mundo de "La enamorada" –una estancia de extramuros cuyo casco imita torpemente a un castillo francés– los personajes viven entre la simulación, el deseo y la sangre. El Riachuelo, oscuro divisor de aguas entre la Capital y el desdibujado conurbano, adquiere en estas páginas el valor de un símbolo. En sus orillas la barbarie es adolescente, procaz, desesperada; la civilización, en cambio, actúa apenas como un envoltorio de ropajes siniestros. En ese contexto la estancia de Braceras es un feudo a salvo de la vida y sus miserias. Pero la vida –aquella que los jóvenes buscan en la penumbra de caricias, prostíbulos y gritos apagados– transcurre más allá de la tranquera. La autora ha conseguido crear con maestría un ambiente típicamente chejoviano, donde el derrumbe de "la fiesta" se anuncia en cada gesto.



El retrato de Dorian Gray
Oscar Wilde

Maldita belleza. Cuando se conoció **El retrato...**, a fines del siglo XIX, la prensa se le echó encima. El "Daily Chronicle" acusó a la novela de "inmoral y venenosa". Para colmo, luego de una semana de polémicas públicas, Wilde –el famoso poeta y dramaturgo irlandés muerto en París en el año 1900– adoptó una actitud especialmente desafiante, exhibiéndose en público con amigos de dudosa fama como un tal John Gray, joven seductor y distinguido, de quien el escritor decía que había sido el modelo para su célebre relato. El tema que surge claramente del texto –corrosivo, sin duda, para los cánones de la Inglaterra victoriana– es el desesperante deseo humano de permanecer joven durante toda la vida y a cualquier precio. Como el desconsolado protagonista de **La muerte en Venecia**, la novela de Thomas Mann, Dorian Gray busca obsesivamente el refugio de la belleza física como escudo frente al inevitable deterioro que se agudiza con el tiempo. Supone, desde su ardiente obsesión, que la separación entre cuerpo y alma no sólo es posible sino deseable, y que la fealdad moral, en todo caso, puede disimularse como el polvo que se arroja distraídamente bajo la alfombra. Tarde o temprano, sin embargo, el esfuerzo esteticista resulta inútil. La vejez inocultable del "retrato" acusa a la insostenible hermosura del original. Lo más terrible de volverse viejo, concluye Wilde con otras palabras, es que uno sigue siendo joven. ¿Qué hacer entonces? ¿Resistir? ¿Gritar? Acaso sea mejor, como aconsejaba el lúcido Cesare Pavese, apretar los dientes... y callar.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Jorge Carnevale** Periodista especializado en crítica cinematográfica. Autor de la novela "Puesta en Limpio".

CINE VIDEO

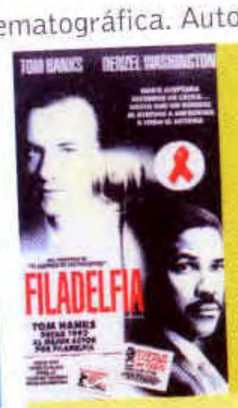


TIEMPO DE REVANCHA

Adolfo Aristarain

[1981]

LA APUESTA A TODO O NADA. Estamos en la Argentina de "los años de plomo". Pedro Bengoa (Federico Luppi), ex sindicalista, consigue blanquear su expediente para obtener trabajo en una multinacional, Tulseco. Viaja a Tandil con su mujer y allí, en la dura y peligrosa tarea en las canteras, se topa con un amigo, viejo compañero de otras luchas. Ambos simulan no conocerse. A poco de andar éste le propone simular un accidente para obtener una fuerte indemnización. Las cosas no salen como se previeron. El amigo muere a causa de una explosión y Bengoa queda atrapado entre escombros durante horas. Cuando lo sacan, está mudo. Pasan los días y sigue sin hablar. Toma contacto con un abogado chicanero y juntos planean sacarle una suma millonaria a Tulsaco. La compañía ha estado operando en condiciones mínimas de seguridad. Hay que aprovecharlo. Pero la gente de Tulsaco y el propio abogado sospechan que Bengoa está simulando. Le ponen micrófonos y lo vigilan a donde vaya. No conseguirán sacarle una palabra. Bengoa está dispuesto a llevar la jugada hasta las últimas consecuencias. Su mujer, desesperada, lo abandona. Bengoa no está dispuesto a negociar con los agentes de Tulsaco. Lo quiere todo. La película de Aristarain, encarada como un thriller, a la manera de los mejores filmes de Costa-Gavras (**Z, Estado de sitio, Missing**), opera como una metáfora de esos años feroces, marcados por la violencia, el ocultamiento de la realidad y el silencio.



FILADELFIA

Jonathan Demme

[1993]

HOMOSEXUALES AFUERA. De la noche a la mañana, el joven y próspero abogado Andrew Beckett (Tom Hanks) se convierte en una mala palabra para sus socios en uno de los mayores estudios jurídicos de Filadelfia, cuna de la independencia americana. Alguien le detecta a Beckett unas inquietantes manchitas en el cuello. El diagnóstico es sida. Con buenas maneras, su jefe, Charles Weeler, le informa que ha quedado fuera del estudio. Se aduce cierta negligencia en el tratamiento de un caso. Se han traspapelado expedientes, dicen, pero la verdad es otra: una homofobia feroz. Beckett, de pronto, es otro. El diferente, el portador de una enfermedad atroz. Hay que sacárselo de encima. Beckett no va a quedarse quieto. Decidido a llevar a la firma ante los tribunales, busca un abogado que lo represente. Harto de excusas y rechazos va a parar al estudio de Joe Miller, un abogado negro que utiliza la TV para conseguir clientes. Verdadero experto en chicanas, homófobo también él, Miller rechaza de entrada al recién llegado. Pero, al cabo, consigue superar sus prejuicios y toma el caso. Beckett se está muriendo, pero no llegará al final sin antes demostrar la hipocresía de esa sociedad que acaba de marginarlo por homosexual. Ante el Gran Jurado será la hora de la verdad. La clave del filme reside en el personaje de Miller (Denzel Washington). Su óptica es la del espectador común. Si él pudo ir más allá de sus miedos –de esa suerte de racismo que se practica a diario contra el diferente–, la posibilidad de cambio aún palpita en uno que otro.

LA BÚSQUEDA DE OTRAS REALIDADES

En la filmografía del australiano Peter Weir (Sydney, 1944) hay un constante enfrentamiento entre lo racional y lo irracional, como si el hombre hubiese construido una sociedad artificial que no lo representa y de la que quiere escapar. Cuatro títulos ponen de manifiesto este conflicto recurrente.

ENIGMA EN LAS ROCAS COLGANTES

[1975]

Un internado de señoritas, a principios de siglo. Las severas reglas de ese orden victoriano marcado por el más puro autoritarismo se verán vulneradas cuando dos de las alumnas desaparezcan misteriosamente durante un picnic en Hanging Rock. No habrá resolución al enigma y el hecho se convierte en un detonante revulsivo.

TESTIGO EN PELIGRO

[1985]

Un niño de la secta amish será testigo de un brutal asesinato en el baño de la Estación Central de trenes, en Filadelfia. El criminal es un policía. El detective Joe Bock, que ha descubierto la verdad, huye con el chico y su madre y acaban refugiándose en la comunidad amish. El recién llegado choca con una organización social que se mueve al margen de la "modernidad" y rechaza toda forma de violencia. Pero la violencia ingresará por la ventana. Esa comunidad es una isla, un sueño imposible. La incipiente historia de amor entre el detective y la madre del chico aparece como una relación condenada en medio de dos mundos inconciliables.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

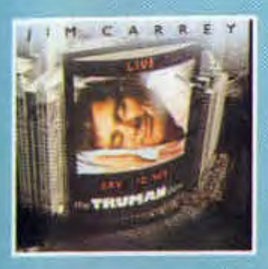
La Costa Mosquito

[1986]

Convencido de que la sociedad está al borde del colapso, Allie Fox arrastra a su familia en pos de una utopía: irán a refugiarse a un supuesto paraíso en Centroamérica, para allí edificar una nueva civilización. Puesto el proyecto en marcha, la utopía se hace trizas. Fox lleva consigo todos los males de la civilización que dice rechazar.

The Truman Show

[1998]



Truman Burbank habita un pueblito de almanaque y tiene la esposa rubia y el empleo que corresponden. Sin embargo, cree que algo no anda bien, y tiene razón. Cientos de cámaras siguen sus pasos las 24 horas del día. Sin sospecharlo, desde que nació protagoniza el mayor show televisivo del mundo. A su alrededor todos son actores, menos él. Se mueve en un espacio de representación. Cuando pretenda abandonarlo será el momento de la verdad.







Fahrenheit 451

François Truffaut

[1967]

Prohibido pensar. En este ominoso futuro imaginado por Ray Bradbury y recreado por Truffaut, el libro es el enemigo principal. Los bomberos no se ocupan de apagar incendios, sino de provocarlos. Su misión es encontrar libros y convertirlos en cenizas. Quien esconda semejante material es considerado altamente subversivo y en consecuencia lo pagará. Todo el mundo tiene en su casa pantallas enormes de TV en cada habitación. Los que todavía leen, asumen el riesgo sabiendo que tarde o temprano serán descubiertos. En ese mundo totalitario cualquier disidencia, la menor forma de rebeldía, se paga carísimo. Siempre hay un ojo vigilante. Montag, el protagonista, es hasta ese momento un oficial del cuerpo de bomberos que cumple con su cometido sin hacer preguntas. Un día, de pronto, mientras queman una biblioteca, se guarda un libro. Al poco tiempo, en el tren, rumbo a su casa, conoce a una muchacha que se parece peligrosamente a su mujer. El parecido es sólo físico. Su esposa vive prendida a la pantalla. La desconocida lo conecta con los rebeldes que leen. Montag se compromete más de la cuenta y es descubierto por su jefe. Sólo queda huir. En el destierro encontrará a los resistentes: una sociedad primitiva que transmite lecturas de padres a hijos, de tíos a sobrinos, de abuelos a nietos. Esa sociedad marginal apunta a la memoria. Si los libros están destinados a desaparecer, bastará con que este o aquel los recuerden para siempre.



Atrapado sin salida

Milos Forman

[1975]

Ahogar a la gente. McMurphy (Jack Nicholson) llega a un neuropsiquiátrico haciéndose el loquito para escapar de la verdadera prisión. Piensa que en ese entorno todo será más liviano. Hasta divertido. Lo ve como un juego y de entrada nomás se empeña en poner todo patas arriba: una manera de enfrentar el orden que representa Ratched, la impávida jefa de enfermeras. McMurphy no sabe en la que se ha metido. Exige ver por televisión los partidos de básquet cuando está prohibido, y, si apagan los aparatos, él se encarga de relatar el encuentro, de viva voz. Organiza fiestas imposibles y se niega a todo tipo de terapia. Casi sin pretenderlo, se convierte en líder de una pequeña revolución. Ratched no va a permitirlo. Tras ese rostro que no revela la menor reacción, la enfermera encarna algo más que el orden: ella es el sistema mismo. Por lo tanto, no conoce la piedad. Les ha permitido un recreo, pero tarde o temprano la calma volverá al lugar a cualquier precio. Al precio de la locura y la muerte. Cuando se acaben las palabras, vendrán el electroshock y la lobotomía. ¿Estará todo perdido? Milos Forman parece opinar que no. Tras su debut americano en **Búsqueda insaciable** (1969), el director checo se ocupa de volcar en términos cinematográficos la pieza que ambicionaba protagonizar Kirk Douglas. Su hijo Michael, uno de los productores, acabó eligiendo a Nicholson por cuestiones de edad. El Oscar vino a coronar una propuesta nada convencional para Hollywood. Un microcosmos opresivo que habla de un espacio mayor, con las mismas reglas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Elvio E. Gandolfo** Periodista y escritor. Entre sus libros figuran la novela "Boomerang" y el libro de cuentos "Cuando Lidia vivía se quería morir"

¿SOMOS O NOS HACEMOS?

FOTOS **Leo Vaca**

¿SOS O TE HACÉS? ¿ES O SE HACE?

LAS CARETAS EN EL MUNDO DE LA CULTURA Y DE LOS CÓMICS

Uno no tiene demasiados problemas en reconocer, ya de joven –o sobre todo de joven–, las máscaras o las caretas de los otros. Pero si uno comienza a advertir las máscaras propias, significa que ya pasó los cuarenta. Sin que eso tenga que ver necesariamente con la revelación, con la moral, con la confesión. A veces se trata de un detalle incluso profesional, laboral.

Durante seis o siete años hice en la TV de Montevideo un par de micros de cine y libros en un programa ómnibus cuyo target –para ser un poco careta– eran las damas, en especial las amas de casa que preparaban niños para la escuela o se concedían un poco de tele antes de preparar la comida para el marido, porque el programa iba de 7 a 10 de la mañana. Al principio no podía creerlo: haciendo lo mismo que en una conversación con un amigo, obtenía algunos pesos, porque después de los tres o cuatro primeros micros (donde los errores eran de nivel cósmico: taparme la boca mientras hablaba, por ejemplo), todos coincidían en que "salía muy natural" o "era muy espontáneo". Hasta que el Turco Iván, un gran amigo, me dijo: "Claro, es muy natural que frente a un racimo de luces que te asan y dos o tres aparatos grandes, complicados y raros, vos hablés con la naturalidad que tenés en un boliche".

Esa fue la parte que aportó el otro, a quien no le costaba nada ver la máscara ajena, o sea mía. Pero después me di cuenta de la realidad: de manera automática, como si al mirar la lente (único consejo que me dieron) se pusiera en funcionamiento una válvula inconsciente, alzaba un poco la voz, establecía un ritmo, dirigía con precisión la mirada para subrayar una frase irónica o fabricaba una pausa de duda escéptica. En otras palabras: la cara y la voz eran tan naturales como Billy Cristal cuando presenta los Oscar.

Más adelante descubrí una máscara más. De espontaneidad había poco. Sin darme cuenta, del mismo modo en que voy retocando una y otra vez en la cabeza una nota o un comentario antes de escupirlo sobre la pantalla de la PC a una velocidad infernal, me oía a mí mismo, ya encuadrado en la pantallita, decir algo sobre la película el día antes o hasta un instante antes de salir al aire, cambiando de lugar una broma, buscando un remate, memorizando un dato raro.

Desde luego, el mejor rendimiento era cuando no memorizaba nada más que eso y todo salía con esa velocidad peculiar, ni matadora ni lenta, que requiere la TV. O, sobre todo, cuando me acompañaba la conductora, Verónica, con quien se establecía una relación especial, hecha de amistad y buena disposición por una parte, pero también de riesgo, de peligro, por otra. Cuando el programa llevaba ya años, descubrí que un buen porcentaje del público eran taxistas que llegaban agotados después del turno nocturno y veían la zona inicial (informativa) y después parte del ómnibus femenino antes de caer derrumbados en una cama.

"Le digo algo", me contó uno, divertido, mirándome por el espejito. "Cuando sale con Verónica es lo mejor, porque ella siempre tiene miedo de que usted le diga una barbaridad, y usted a veces se la dice. Pero se nota que lo hace sin darse cuenta, o parece que la va a decir y al final no la dice: como si fuera un jarrón que se está por caer, se está por caer... y al final no se cae." Como analista de medios, el taxista aquel era un crack, tanto que me descubrió una máscara adicional.

Obviamente el programa íntegro, detrás de cámaras, era en sí un desfile fastuoso de máscaras o caretas. Yo acostumbraba llegar una media hora antes de mi micro, y a veces me quedaba hasta el final. Los shocks inesperados de absurdo absoluto valían todo: incluso



Al mirar la lente, alzaba
la voz, establecía un ritmo,
subrayaba una frase irónica



levantarse temprano. En medio del espacio sideral del estudio, con piso de cemento frío, en una de cuyas orillas estaba arrumbada la escenografía religiosa para la misa del domingo (un altar entre azteca y romano de cartón imitación mármol), y en otra el estridente intento pop para un programa juvenil, fluía de pronto por las grandes puertas, con un fru-fru creciente, un grupo de ocho o diez novias con estilos que iban del vestido clásico a otros que bordeaban la lencería más risqué, pisando el cemento desnudo, muchas con cara de sueño, altas, delgadas, los brazos largos un poco caídos. Pero en cuanto Verónica anunciaba que después de la tanda entraban ellas, el modisto empezaba a circular acomodando detalles como un pesado escarabajo entre libélulas. Y en cuanto las luces aumentaban –porque había más cantidad de cuerpos por ilu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

minar, y en movimiento–, yo veía cómo en todas funcionaba la misma válvula inconsciente activada por la luz: se enderezaban, desaparecía el sueño, los ojos adquirían un brillo especial.

Hay lugares donde las máscaras o caretas son más previsibles. Pero la conciencia, y a menudo la irritación, depende a su vez de lo que uno busque. Dicho de otra manera: sitios donde alguien se siente rodeado de insoportables o muy previsibles caretas son para otros exactamente los buscados para sentirse rodeados de máscaras que los hacen sentir cómodos. Unos de los sitios de los que escapo con mayor frecuencia son los así llamados actos culturales, ya sean vernissages, presentaciones



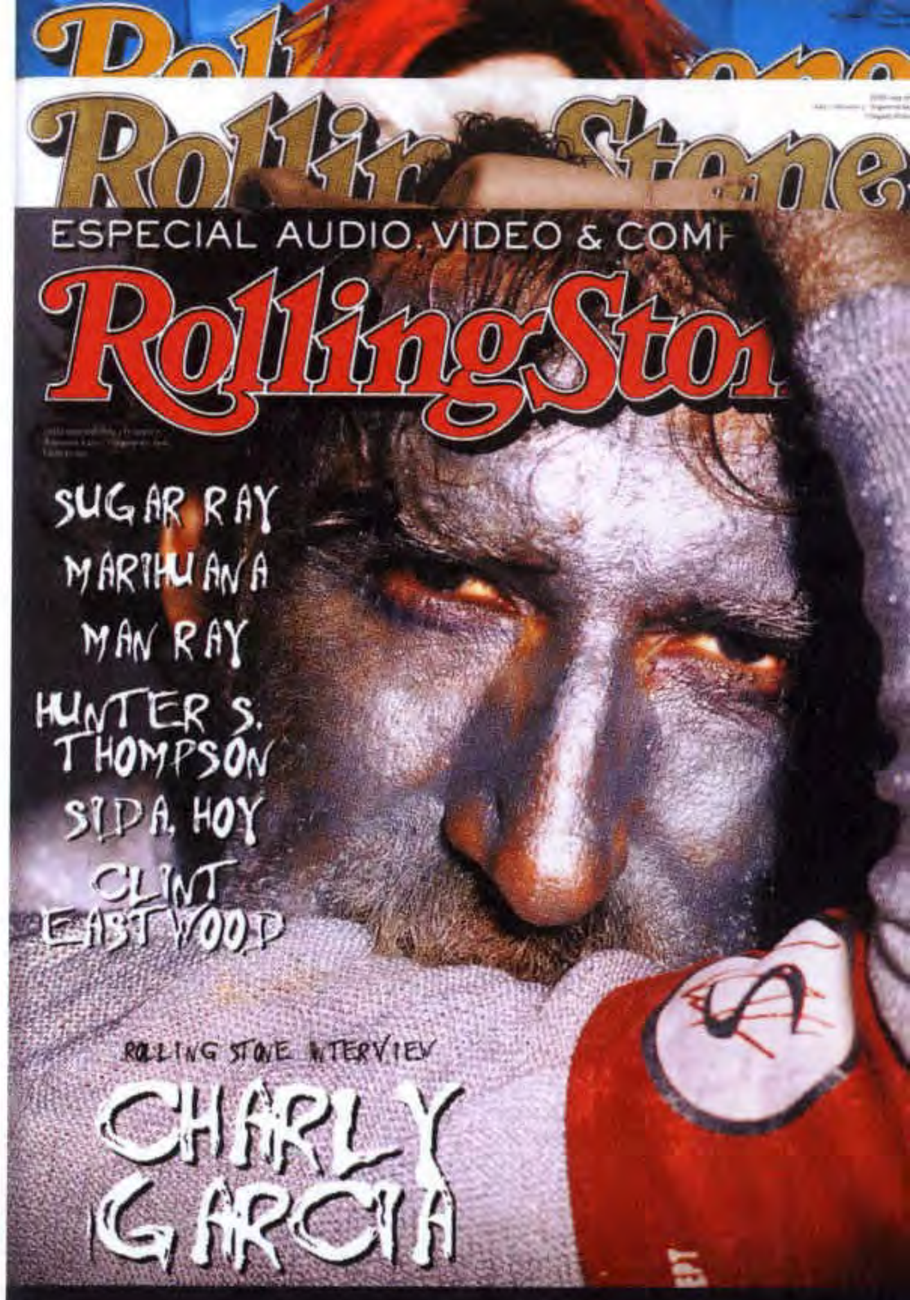
de libros o mesas redondas.

Sobre todo en estas últimas hay momentos clásicos donde máscaras de un tipo (los expositores) chocan de frente con la máscara gigantesca, temible y hasta siniestra de lo imprevisible (el público). Es el instante en que alguien de la mesa dice "Bueno, no sé si ahora alguien del público tiene alguna pregunta que hacerles a los expositores". Casi siempre la frase es dicha con una sonrisa inquieta, forzada, un poco al estilo de la máscara del Joker de Batman, porque si el que habla ha tenido experiencias anteriores desastrosas ruega por detrás de la sonrisa: "Por Dios, por Dios, que no haya muchas preguntas y podamos irnos rápido". Pero con cierta frecuencia ocurre que un anciano desharrapado se para (primer síntoma alarmante), cuadra los hombros y después asesta la frase que tiene preparada: "Yo quería decirles que creo en Dios", palabras ante las cuales no sólo las caras sino también los estómagos de los expositores se retuercen en la agonía que será contestar el discurso que el anciano ya empieza a desgranar. Puede tratarse de algún joven que también se para y afirma: "Creo que todos ustedes son fascistas", o de algún veterano ciertamente prolijo que, encantado por el sonido de su propia voz, combina las ideas más insondables de la semiótica de los 70 con la lucha contra la injerencia extranjera.

En mi caso, confieso que no he podido hasta hoy analizar por qué huyo con especial cuidado de las presentaciones en la Feria del Libro, o las del ICI (Instituto de Cooperación Iberoamericana, en la calle Florida), lugares seguramente relacionados con temores infantiles olvidados o reprimidos, que por otra parte –todo tiene su lado bueno– seguramente alimentan la zona de mi narrativa relacionada con lo fantástico o el terror, que por suerte no es abrumadora. Aunque yo lo atribuyo conscientemente al exceso de máscara.

El propio rostro

Uno usa, inevitablemente, máscaras. La mayor parte del tiempo sin darse cuenta. Pero cuando se elige una máscara con un objetivo preciso y se insiste después en usarla durante demasiado tiempo, corre el peligro de que la máscara se convierta en el rostro, irreversiblemente. Era el caso del periodista de *Shock Corridor*, una película del director



SI NO SABÉS SI LEER UNA REVISTA DE CINE, O UNA DE MÚSICA, O UNA DE ACTUALIDAD, ENTONCES YA SABÉS QUÉ REVISTA LEER.

LA REVISTA MÁS IMPORTANTE DE LA CULTURA JOVEN MUNDIAL.
ROLLING STONE SUSCRIPCIONES. TEL.: 4514-4070.
TODOS LOS MESES EN TU QUIOSCO.

RollingStone

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

estadounidense Sam Fuller, que se colaba en un manicomio haciéndose el loco y terminaba, como era de suponerse, completamente chalado.

De hecho buena parte de la producción creativa en cualquier arte tiene que ver con la sumatoria de caretas necesarias por completo para desarrollar una vida humana: desde la cara de bueno y ojos brillantes que nos hace ganar, cuando bebés, el chupete con miel o la maravilla del seno materno hasta las caretas infames que uno tiene que usar cuando pasa de la infancia a la adolescencia, época carnavalesca si las hay. O cuando se recorren esos lugares sucesivos de fabricación de máscaras muchas veces eternas: la escuela, la secundaria, la facultad, el trabajo, el ejército, la diversión repetitiva. Un hilo delgadísimo separa una conversación de amigos relativamente distendida o profunda de una mesa de amigos condenados al seguimiento preciso de pasos rígidos como un ritual: hablar de mujeres, hablar de fútbol, burlarse de José, decirle que no se lo tome así, pedir la cuenta.

En el terreno cultural, un olfateador infalible de máscaras fue Witold Gombrowicz, tal vez por ser un polaco que se quedó más de dos décadas a vivir en la Argentina. En la obra narrativa su sistema inimitable no era señalar las máscaras, denunciarlas, sino exagerarlas, hacerlas entrar en erupción. En *Ferdydurke* un educador ve a un conjunto de alumnos en un patio y, para "inmadurarlos" por completo, les susurra que son inmaduros. En los agónicos esfuerzos por mostrarse "mayores", "malos", "conocedores", los alumnos caen en un huracán de inocencia sometida a torsión.

En los *Diarios*, en cambio, Gombrowicz era más descriptivo y antropológico. Recorría el interior argentino como casi ningún escritor argentino de la época, y veía la máscara –él le llamaba "la forma"– o la inmadurez por todas partes. Discutía con polacos exiliados y odiaba el modo en que renunciaban a su propia individualidad para idolatrar a "los genios". O iba al Colón y registraba a la perfección los sucesivos sistemas de falsedad de un concierto de piano (ver página 50).

Detectar los sistemas de máscara o careta verbales, escritos, sobre todo en el discurso académico –que hoy influye, por las condiciones de la época, a gran parte del discurso periodístico cultural–, exigiría la extensión de esta nota. Baste citar el tic más característico: "... cuando Hegel es, se sabe, la quintaesencia del sistema filosófico alemán...". Lo curioso es que ese "se sabe" revela, casi siempre, los momentos de fisura, donde el discurso del que escribe está a punto de convertirse en duda, de comenzar a no saber y, por lo tanto, a investigar. Las dos palabras sirven de excelente obturador ante zonas inexploradas.

> Uno va menos al cine y a ver películas, aunque no por una decisión meditada

Uno, que ha conseguido milagrosamente reconocer algunas máscaras personales y aprendido a controlarlas para que no nos arruinen la vida con los demás, aprende también a reconocer los lugares más cargados. Y huye casi sin excepción del Colón (reconociendo, se sabe, que es un lugar muy valioso), de las presentaciones, de los vernissages y de los actos públicos. Pero tratando de reconocer también aquellos sitios donde, más que de careta, se trata de estado físico: los conciertos de rock multitudinarios, por ejemplo, donde el su-

En el subte

En el momento en que nada menos que la realidad pasa a ser virtual, no es de asombrarse que también las máscaras se vuelvan confusas, ambiguas, hasta contraproducentes. Eso ocurre con frecuencia en la publicidad, justamente el mundo de la máscara aceptada, dirigida, controlada.

Voy en un subte y leo que en caso de asociarme a determinado banco podré tal vez ganarme uno de los autos mensuales y dejar de viajar en subte. El mensaje me desorienta un poco: ¿no provocará el repetido anuncio (varias veces por vagón) la conciencia de que tal vez en estos tiempos recesivos, incluso sin ganar un premio a uno le convenga ganar lo suficiente para pagar la primera cuota de un auto –sector castigado especialmente y por lo tanto en proceso de rebaja– y dejar de viajar en este vagón caluroso, bamboleante, lleno de publicidad?

Voy en otro subte y una editorial religiosa se promociona con una frase por el estilo de "Es tiempo de crecer", pero hete aquí que una gruesa cruz tacha la letra "c" de modo tal que queda: "Es tiempo de creer". Así, la cruz negadora parece estar diciéndome con claridad que en caso de creer dejo de crecer, o viceversa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



"I FEEL GOOD" interpretado por Pedro Biasi.



Cieeentoo seeeis... acá está. La encontré. 106.7. Y acá, en Nostalgie, también encuentro una música increíble. sa con la que me identifico porque me despierta cosas, me divierte; me llena de emociones. Y todo lo ue me llena me encanta (ya me vio en la foto carnet de arriba) y si me encanta, me hace sentir bien."

Ponés la radio y te encendés vos.

NOSTALGIE
106.7 FM BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar





frimiento de los músculos baqueteados puede superar ampliamente el placer de la escucha, por más histórico que sea el evento (el regreso de Bob Dylan, la remake de Creedence, la recontravuelta de los Rolling).

Por eso, hasta hace no mucho, uno iba con gran placer al cine. Es un lugar oscuro, muy amplio, donde pasan cosas fastuosas o graves o profundas o muy divertidas en colores y tamaño bien grande. Donde uno puede entrar o salir cuando quiera. Donde no hay, en las funciones normales –porque los preestrenos son una cancha favorita de las máscaras–, ningún sistema de registro evaluativo influyente. Allí la emoción, a diferencia del teatro, de los conciertos, vuelve por sus fueros. Mientras docenas de aduaneras y aduaneros de los "temas intocables" como el Holocausto se han rasgado las vestiduras ante *La vida es bella*, de Roberto Benigni –con mucho mayor vigor que cuando Spielberg deformó las cosas de manera más ambigua y cultural–, el público de todo pelo y nivel asistió en masa, se rió y lloró y también, en parte, se indignó.

Uno, sin embargo, ha empezado a ir menos al cine y a ver películas. No por una decisión bien meditada. Todo lo contrario. Sino porque las salas son, cada vez más, componentes de un racimo que, en un 90 por ciento, pertenece a cadenas distribuidoras precisas, que repiten en cada uno de esos racimos la misma media docena de películas. Porque una clave de la ganancia está en los baldes de Coca-Cola o maíz acaramelado. Porque a la larga el mismo rasero nivelador demolió la potencialidad selectiva del cable y da lo mismo ver la película, si se puede, allí. O porque la producción general de Hollywood tiene el mismo gusto al mismo material disfrazado de cien modos distintos. La máscara McDonald's, por así llamarle. O de la globalización, que más que una evolución social o económica parece un término-máscara para tapar todo, corrupciones de diverso tipo incluidas.

A su vez, cuando de pronto se descerraja un festival de cine independiente, o del realizador japonés Takeshi Kitano, o del cine albanés, se instala una doble duda: ¿será tan masivo en salas tan chicas que reproducirá las incomodidades del concierto de rock (sobre todo no conseguir entradas) o estará constituido por un conjunto de películas lentas, inentendibles tal vez,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



agobiantes o lisa y llanamente malas? Pude experimentar en carne propia la banalidad de esa crítica empachada de sí misma, narcisa, que insiste en que "hay un público argentino culto" (lo más probable es que seamos a la vez totalmente cultos y totalmente bestias, dentro de las incontables contradicciones del país y de la época) cuando se le dio un bombo exagerado a la película iraní *El sabor de la cereza*. Lo que más irritaba era que casi nadie hubiera señalado la manera en que un final rebuscadamente "metacinematográfico" a la francesa liquidaba la latencia poderosa de la primera hora lentísima pero atrapante. Ese día, por ejemplo, me arrepentí de ir al cine a ver una película que parecía apuntar a Chejov y se quedaba en la reproducción anémica de las audacias de la vieja *nouvelle vague*.

Ojos tapados

Si volvemos al sentido radical, inmediato, una máscara es lo que tapa el rostro, la cara. No es necesario agregarle un disfraz que oculte el cuerpo. Aunque deja siempre libres los ojos, la mirada. De todos modos, no basta sólo eso para reconocer quién está bajo la superficie de tela, de cartón, incluso de ramas y hojas. Por más que, según viejas sabidurías o boleros recientes, los "ojos son las ventanas del alma", al parecer no bastan para reconocer a alguien. Uno sospecha que, sin embargo, si se está enamorado, se reconoce esa mirada. Pero que en cambio si el amor comienza a gastarse, a picarse, aparece la necesidad de máscara, del juego del ocultamiento. Abundan los relatos reales, ficticios o cinematográficos de parejas que asisten a un evento multitudinario (a menudo una orgía, o un hecho con pretensiones de serlo), pero separadas y, detalle clave, tapadas con una máscara. Dicho de otra manera: ambos buscan el famoso tercero que mejore la fórmula química. También a menudo lo que se logra simplemente es terminar de arruinar todo o volver al punto cero sin demasiados cambios.

Suele pasar que basta un pequeño antifaz para que los personajes no reconozcan en absoluto al otro. La sospecha es que en realidad hay un deseo fuerte de no reconocer, de caer en la confusión, de borrar después cualquier posible pecado a partir de la máscara. Un poco como esas personas que pretenden "no acordarse nada" de lo que hicieron anoche, borrachas, porque la borrachera es otra de las grandes más-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Concierto en el Colón

Qué importancia puede tener el mejor virtuoso comparado con la disposición de mi alma impregnada hoy por la tarde de una melodía canturreada por alguien que desafinaba y que ahora, por la noche, rechaza con repulsión la música servida con albóndigas en una fuente dorada por un maître embutido en un frac. La comida no siempre gusta más en los restaurantes de primera categoría. (...)

Aquel pianista alemán galopaba acompañado por la orquesta. Mecido por los tonos, vagué en medio de una dulce ensoñación: recuerdos del pasado, un asunto que tenía que arreglar al día siguiente, el perrito de Bumfila, un pequeño foxterrier...

Mientras tanto, el concierto funcionaba, el pianista galopaba. Pero ¿era un pianista o un caballo? Hubiese jurado que aquí Mozart importaba ya poco, lo que importaba era por cuántas cabezas adelantaría aquel corcel a Horowitz o Rubinstein. Los tipos y las tipas presentes en la sala estaban absorbidos por el dilema: ¿de qué categoría es este virtuoso?, ¿serán sus pianos iguales a los de Arrau?, ¿estarán sus fortes a la altura de los de Gulda?

Imaginé, pues, que se trataba de un combate de boxeo y vi cómo con un pasaje de gancho lateral alcanzaba al pianista Brailowski, con unas octavas golpeaba a Gieseking, con un trino asestaba un knock-out a Solomon. ¿Pianista, caballo, boxeador? De repente me pareció que era un boxeador que montaba a Mozart y cabalgaba sobre él, golpeándolo como un tambor y espoleándolo. Pero ¿qué ocurre? ¡Ha llegado a la meta! ¡Aplausos, aplausos, aplausos! El jinete bajó del caballo y hacía reverencias, secándose la frente con un pañuelo. (...)

A continuación pasamos al foyer. Mi mirada se posó sobre la exquisita multitud que daba vueltas prodigando reverencias. ¿Ves allí al millonario Fulano o Mengano? ¡Mira, mira, allá están el general con el embajador, y el presidente inciensa al ministro, quien a su vez dirige una sonrisa a la esposa del embajador! Creí, pues, estar entre los héroes de Proust, cuando no se iba a un concierto para escuchar, sino únicamente para honrarlo con la propia presencia, cuando las damas se prendían en el pelo a Wagner como un broche de brillantes, y cuando al son de la música de Bach se asistía al desfile de nombres, cargos, títulos, dinero y poder.

Pero ¿qué pasa?, ¿qué es esto? Cuando me acerqué a ellos, se produjo el ocaso de los dioses, desapareció la grandeza y el poder..., oí que intercambiaban sus impresiones acerca del concierto..., y esas impresiones eran tímidas, humildes, llenas de respeto hacia la música y al mismo tiempo peores de lo que pudiera decir cualquier aficionado del paraíso. ¿De manera que habían caído tan bajo? Se me antojó que no eran presidentes, sino estudiantes de quinto curso de la escuela secundaria; y como vuelvo de mala gana a los tiempos escolares, abandoné aquella tímida juventud.

Y solo en el palco –yo, el moderno, yo, el carente de prejuicios, yo, el enemigo de los salones, yo, a quien el látigo de la derrota quitó de la cabeza los humos y los caprichos– pensé que el mundo en que el hombre se adoraba a sí mismo a través de la música me convencía más que el mundo en que el hombre adora la música.

Witold Gombrowicz

De Diarios - I

(Alianza, 1988)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

caras, que transforma al pusilánime en bestia feroz, a la oficinista pacata en loba sensual, al frío ejecutivo maduro en un mar de lágrimas.

La escasez de la máscara usada como disfraz está llevada al extremo en algunos personajes de historieta. Como el cómic clásico no tiene voz, puede creerse que nadie reconociera a Bruno Díaz cuando devenía murciélago en Batman, duro héroe que se colocaba el traje más sexy que haya vivido en los cuadritos. No le reconocían ni la voz, ni la estatura, ni el corte del rostro. Pero el tope de inverosimilitud –como la historia en sí, de allí su potencial mítico– es Superman. A Clark Kent, el periodista tonto, le basta colocarse unos anteojos para que nadie lo relacione con Superman, que es físicamente idéntico. Una maravillosa historieta de la época de decadencia del personaje (cuando las publicaba Bruguera) comenzaba con un misil a punto de impactar contra el edificio del Planeta, que había dejado de ser diario para ser canal de TV. Como Clark estaba frente al gran ventanal donde se iba a producir el impacto, no tenía tiempo ni casilla telefónica donde colocarse su incómodo pijama con capa adosada. En ese instante, tanto Jimmy Olsen como Luisa Lane lo encaraban y le gritaban: "¡Vamos, Superman, haz algo!" Asombrado, Clark decía: "¿Pero cómo, ustedes sabían?" Apurados por evitar el peligro –al parecer el misil tenía un ataque de parálisis, tras el vidrio–, le gritaban: "¡Por supuesto! ¿Acaso creías que bastaban unos anteojos para diferenciar por completo un rostro de otro?" Recuerdo

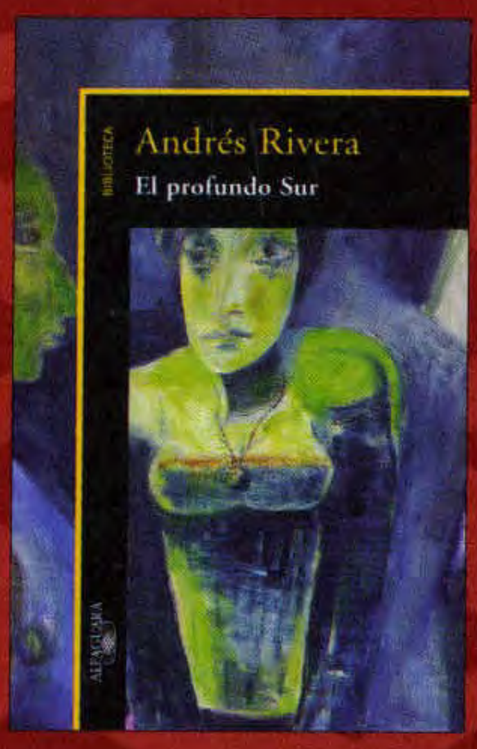
> El cómic no tiene voz: así puede ser que no se reconociera a Bruno Díaz

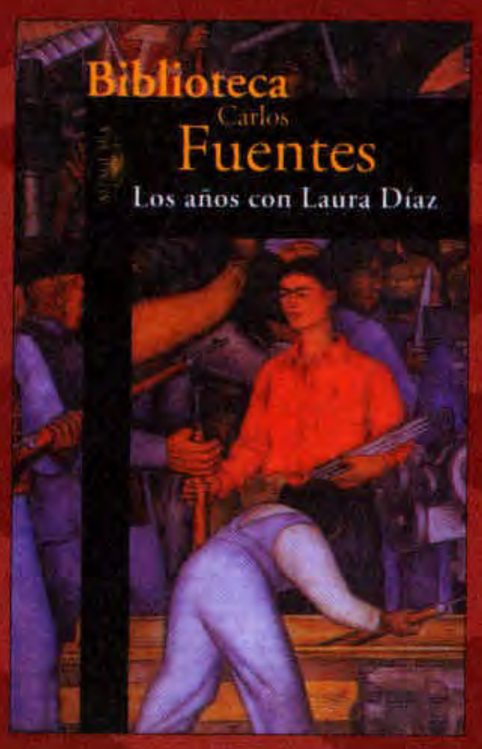
que el relato, al explicitar una duda oculta de tantos lectores, fascinaba. Pero bastaba dar vuelta la página para saber que se trataba de un sueño de Superman, que sin embargo le servía para hacerse la pregunta él mismo. No quieran enterarse de la explicación, porque es peor que el recurso antidiluviano del chiste.

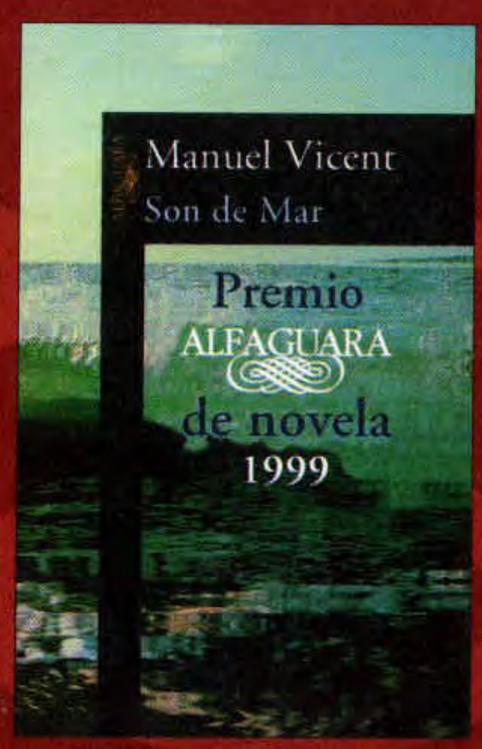
Es curioso pero en los medios, cuando se quiere enmascarar a alguien, se hace exactamente lo contrario que en la realidad: le tapan los ojos. El recurso ha sido muy usado en policiales. Con un detalle peculiar: la tira que tapa la mirada se fue haciendo cada vez más pequeña a lo largo de los años, hasta casi tocar los bordes de los ojos. Al llegar la digitalización, lo que se usa es una "bo-

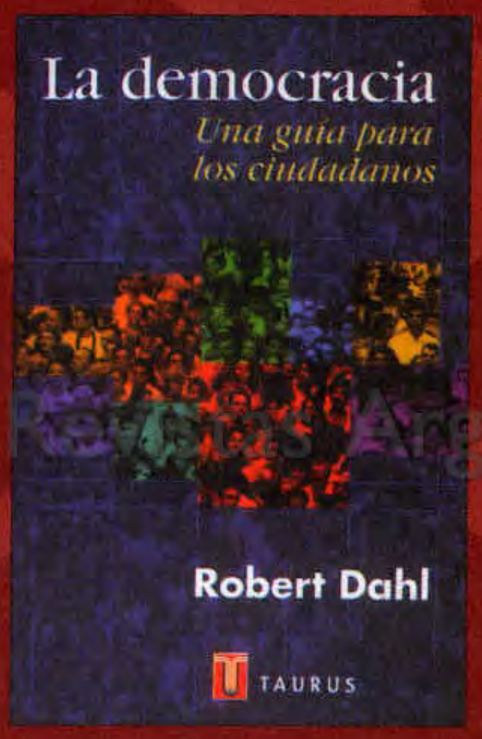
ALFAGUARA

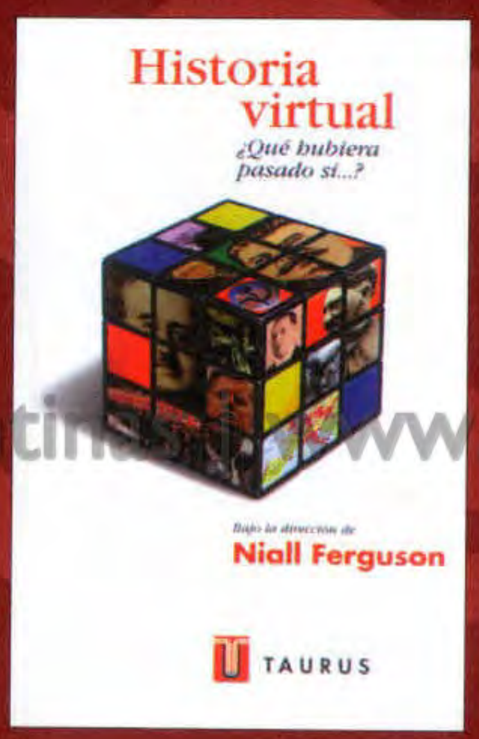
Lo mejor de
la literatura y
el pensamiento
contemporáneo

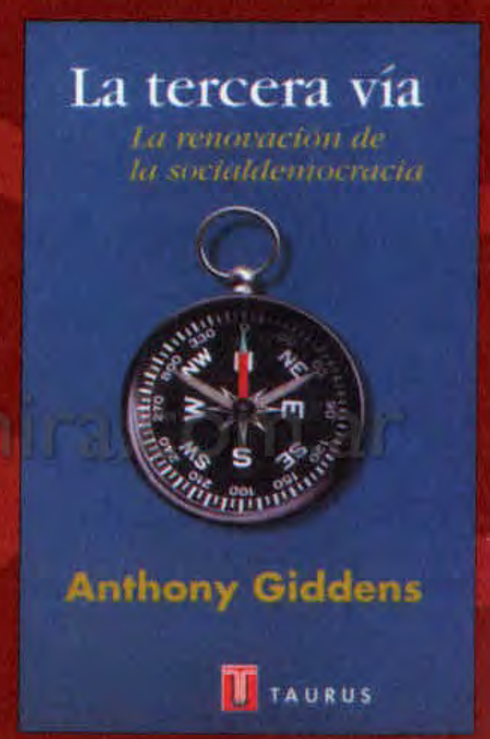












Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



rratura" de cuadritos sobre el rostro. Aunque siguiendo el proceso anterior, a veces esa zona difusa o cuadriculada no resulta suficiente. La variante irritante del cable (que tantas variantes irritantes incluye) es el manchón difuso que cubre castamente cosas "no aptas para menores" en los clips de MTV. Una de las visiones más auténticamente deprimentes es la de la cantante canadiense Alanis Morissette moviéndose desnuda por las calles de Nueva York. La toma final es ella de frente. Como es lógico, carece por entero de sexo. Ya se trate de un traje-máscara color piel, o de una cuidadosa máscara electrónica, cierta potencia sonora de la música es literalmente tirada hacia abajo, negada por el ocultamiento.

El antifaz solo o hasta con un pequeño cortinado colgante sobre la boca para ocultar la boca (¿la otra zona del alma erótica?), como ocurría en Venecia, no termina de borrar lo humano. La cosa es distinta, en cambio, con las máscaras animales. Si ya mencionamos al Hombre Murciélago, se impone mencionar a Gatúbela. En ambos casos el recorte animal influye directamente sobre la conducta. A Batman le gusta descolgarse con su shock de murciélago ante aterrados criminales, o ponerse a meditar con el aura gótica que en la policial se traduce en el perfil también meditabundo de Bogart, fumando. Ahí, la máscara es el rostro: más concretamente, la máscara o el rostro de un hombre habitado por la muerte, como apuntó Bazin. En cuanto a Gatúbela, bastó que la encarnara Michelle Pfeiffer para que el contagio de la conducta la convirtiera en una gata erótica hasta el peligro: se acercaba al rostro inseguro, posmoderno de Michael Keaton y... le pasaba la lengua mimosamente.

Hay un punto de alejamiento completo de lo humano cuando la máscara se aleja en el sentido del tamaño. Son los famosos "cabezudos" del carnaval montevideano, el rostro parlante y a la postre ridículo del Mago de Oz, o en una reformulación la máscara voladora de piedra que aterraba a los hombres regresados al primitivismo de *Zardoz*, la rica reformulación visual y narrativa lograda por el director británico John Boorman en el cine.

Si se vuelve al territorio de lo real y alcanzable, una de las versiones más agobiantes de la máscara es el cartel político o del poder. En ese sentido, la mención en palabras de los carteles del Big Brother que siempre está "watching you" en *1984* de Orwell era mucho menos eficaz que la concreción visual de las dos versiones en cine, con una mezcla perversa entre el cura de parroquia de la infancia y la potencialidad destructiva de un Stalin de mirada durísima, desprovisto de bigote.

Escribir sobre las máscaras, sobre la hipocresía, sobre el pobre estado, por elegir un tema, de la filosofía contemporánea o –para citar otro que, sin saber por qué, siempre me hace reír– sobre juventud que no lee, hace que uno siempre sospeche, mirando por encima del hombro, la frase de espejo, donde el rostro y la máscara titilan, sin distinguirse: "¿Qué? ¿Gandolfo escribiendo sobre las máscaras? ¡Qué careta!" ■

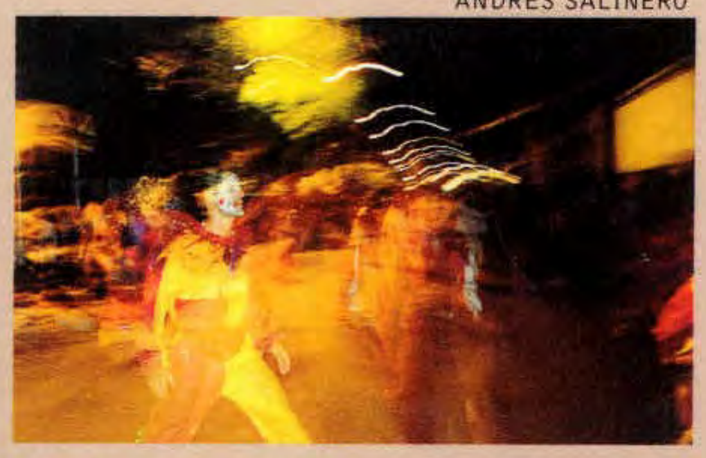
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Carnaval

¿LA FIESTA TERMINÓ?

Con la honrosa excepción de unos pocos reductos que aún se mantienen a salvo de la forzada modernidad –por ejemplo Jujuy, en la Argentina, o el estado de Bahía, en Brasil–, el carnaval del mundo tiende a perder poco a poco su autenticidad original. Si bien en parte y pese a todo se mantiene esa condición de cuatro días locos donde es posible ejercer una expresión sin frenos, el fin de siglo parece haber afectado la esencia más pura de esta fiesta pagana y ancestral. Los grandes carnavales de Río o Venecia, por citar a dos de los más famosos, están siendo afectados por la vulgarización turística y la comercialización lisa y llana. Las escolas de samba cariocas,

ANDRÉS SALINERO



Cambios: de la alegría visceral al carnaval sin alma

por ejemplo, se convirtieron ahora en grandes empresas de espectáculos con abogados, administradores y patrocinio explícito de los banqueros del Bicho, una especie de lotería ilegal. La magnificencia que ostentan los desfiles en el sambódromo, sin embargo, dista mucho de complacer a todos. No escasean las críticas que abogan por un retorno a la simplicidad y el purismo original que sí se mantiene en el llamado carnaval de rua, que sigue totalmente vigente en la región nordeste.

Salvando las distancias, algo bastante similar podría decirse del devaluado carnaval porteño. Según consignan las crónicas de época, a principios de este siglo los murguistas, las máscaras, las serpentinas y un público masivo invadían las principales calles de los barrios de Buenos Aires. El desfile principal tenía lugar en la Avenida de Mayo, pero en todos los pueblos del país se armaban corsos de renombre, con carrozas y concursos de máscaras y reinas.

¿Qué quedó ahora entre nosotros de aquel apogeo de cartón pintado y lentejuelas? Dejando a salvo el alentador resurgimiento de las murgas juveniles en los barrios, sólo puede decirse que los corsos de hoy se han convertido en torpes caricaturas de lo que alguna vez fueron. Por encima del despliegue artístico o expresivo predominan ahora la violencia inaudita de la espuma en aerosol y las bombitas, la letanía de los martillos neumáticos, el papel picado utilizado como arma de asalto y el alcohol en caja como estímulo principal. El feriado de carnaval, de hecho, ha desaparecido del almanaque por obra de un decreto originado en la última dictadura militar. Los festejos, entonces, se limitan a algunos fines de semana que son aprovechados por los comerciantes para vender sus productos en calles donde, si bien hay mucho ruido, nunca pasa nada.

Madame Pompadour

LA FAVORITA DEL REY



El acceso de Jeanne-Antoinette Poisson al rango de favorita de Luis XV no fue de ningún modo azaroso. El milagro se produjo en realidad debido a las refinadas combinaciones tramadas por los grandes financistas, deseosos de introducir en el preciado lecho del rey a una digna representante de sus intereses. Antes tuvieron que convertirla, como si se tratara de una lujosa marioneta, en un modelo de ingenio y seducción, alguien capaz de distraer al rey de sus amigas habituales y de liberarlo así de su incurable hastío. Gracias a una intriga palaciega muy bien desarrollada, la pequeña Poisson se convirtió, en 1745, en amante declarada del rey, condición que le permitió alzarse en poco tiempo con el marquesado de Pompadour.

Siempre a la búsqueda de distracciones para el rey triste, inventó el teatro de los Petits-Cabinets, un pretexto para exhibir su belleza y sus reprimidos talentos de comedianta. Animada por una verdadera voluntad de poder, se dedicó entonces a las intrigas políticas y a los manejos financieros. Pero sólo tras el estallido de la Guerra de los Siete Años, Madame Pompadour decidió que se debía dedicar a la gran política. Impuso y depuso ministros y jefes del ejército, forzó renuncias y cambió rumbos del Estado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Aeropuertos

ESPACIOS SIN LUGAR

Quien haya aterrizado alguna vez en el aeropuerto de Orly –por mencionar a uno entre tantos– puede estar seguro de que ya conoce casi todos los aeropuertos del mundo. Afuera puede ser invierno o verano, puede brillar el sol o llover a cántaros, puede haber un país floreciente o uno en bancarrota. Lo mismo da. Porque puertas adentro todo se va a desarrollar siguiendo una lógica virtualmente imperturbable. Sonrisas siempre amables, baños limpios, pisos relucientes, servicios a tono con la categoría del lugar, información constante y eficaz. El duty-free resulta tan ventajoso en Lima como en Roma; la sala de embarque no es menos anodina en San Pablo que en Nueva York. Las cómodas butacas se encolumnan a la espera de nuevas oleadas de multitudes que pronto van a esfumarse como por encanto. En el tablero las ciudades son tan intercambiables como todo lo demás. Lisboa, París, La Habana, Río de Janeiro, Buenos Aires, Bangkok. Una suerte de zumbido o tableteo constante cambia un nombre por otro y un horario pasa rápidamente al siguiente en medio de una vertiginosa rutina.



El pasajero en tránsito que hasta hace unos instantes se sintió importante –porque le sonrieron muchas veces, porque le preguntaron si quería ventana o pasillo, o si prefería el sector fumador al no fumador– comprende de pronto que en realidad no es nadie. Su nombre significa poco, su país de origen es una abstracción indefinible, su destino es tan importante como la pintura que aquella azafata se echa a los párpados. No obstante, liberado ya del equipaje, el viajero se siente a sus anchas en esos ambientes perfumados, bien iluminados y neutros. Puede hojear las revistas de todos los países en el quiosco, puede preguntar en informes por las ventajas que presenta la clase bussines, puede entender, aunque no sepa inglés, lo que significa la frase fasten seat belt. Pronto va a entrar en una manga que lo va a conducir a una cápsula cilíndrica de la cual va a descender, pocas horas después, sin haber sentido, lo que se dice, nada. Abajo pasaron mares, montañas, aldeas, guerras, cópulas, asesinatos, gritos de dolor y desesperación. Pero él sólo habrá sentido que saltaba apenas de una nube a otra nube llamada, también, aeropuerto.

Marc Augé, el prestigioso antropólogo francés, acuñó la figura del no lugar para referirse, entre otros sitios, a la estación aérea de cualquier ciudad. La define justamente como un espacio sin identidad, sin relaciones, sin historia. Un territorio libre, en realidad, donde el aire que se respira resulta asombrosamente parecido en todos los países.

Barbie

FETICHE DEL SIGLO

Con su espigada silueta de rubia americana, la Barbie sonríe siempre, se sienta, se acuesta y se va a dormir temprano. La muñeca es sólo un juguete, o, también, uno de los mayores y más livianos fetiches del siglo que termina. Ella se ha convertido en un reflejo de los cambios culturales y sociales de los últimos años. Ya fue astronauta, presidenta de Estados Unidos, azafata, médica; sólo le falta, para completar el elenco, convertirse en Monica Lewinsky, Eva Perón o la Madre Teresa.

En la antigüedad las muñecas eran utilizadas como divinidades y no como juguetes. Durante el siglo pasado, en cambio, se limitaron a anticipar la futura posición social a las niñas de buena familia. Desde hace cuarenta años la Barbie desplazó cómodamente a todas sus antecesoras. No ha faltado quien diga que la Barbie es en realidad una muñeca inflable reducida e infantilizada, no demasiado diferente de esa Franklin Heirloom que se utiliza con fines eróticos y cuya boca amplia parece invitar siempre a la perversión. Las niñas, sin embargo, se limitan a pintarle los labios con verdadero rouge que les roban a sus mamás. Liberada hoy en día de tan sospechosos orígenes, la Barbie, como todos la conocen, refleja de algún modo las fantasías de las chicas del último medio siglo.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Montecarlo

UN RECREO FINANCIERO

En apenas veintidós kilómetros cuadrados, frente a las costas del Mediterráneo, una burbuja de lujo, juego y negocios se alza en el desierto. El principado de Mónaco exhibe sus variadas joyas, una de las cuales –la ciudad de Montecarlo– brilla, sobre todo de noche, aún más que las otras. Los residentes e ilustres visitantes suelen decir, entre bromas y champán, que más allá de sus fronteras "empieza el Tercer Mundo". Adentro, en cambio, hay una especie de fiesta interminable que transcurre sin impuestos que la empañen. ¿Los escenarios? El célebre casino donde muchas veces se quedan las divisas generadas afuera, el palacio de Rainiero III, el Hotel de París, los clubes privados, las playas increíbles.

Se dice, irónicamente, que allí el dinero es rey y que el príncipe es Rainiero. La monarquía rige los destinos de la ciudad sin mayores sobresaltos. El príncipe Rainiero III puede pasearse tranquilo por sus calles y asistir relajado a cuanta recepción se organiza. Todos saben que él catapultó la industria del juego y renovó brillantemente los tratados de libre comercio con sus vecinos. Y eso para no hablar de su ya legendario casamiento con Grace Kelly, la princesa ya fallecida, que puso al principado en el centro del ojo cholulo de todo el mundo. Rainiero la conoció en una fiesta hollywoodense. En poco tiempo se casaron y tuvieron tres hijos. La "princesa triste", finalmente, murió cuando su auto se despeñó un 13 de setiembre de 1982. Afortunadamente, en salvaguarda de la particular estética del principado, murió segundos antes de que sus pasiones y su vida reprimida la empezaran a traicionar en público. Pronto el baile recomenzó con renovados bríos, porque así es esa ciudad. Quizá algunos de sus famosos se hayan ido, pero sus fantasmas aún merodean por allí junto a las nuevas camadas de industriales, financistas, políticos y modelos, toda una pléyade de personajes ricos, famosos, a veces corruptos y siempre olvidables.

SERVICIO TELEFONICO GRATUITO LAS 24 HS.



FONO DROGA 0-800-2225462

SECRETARIA DE PREVENCION Y ASISTENCIA DE LAS ADICCIONES DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

GOBERNACION DUHALDE
PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

IL POSTINO S.R.L.

CORREO PRIVADO & MENSAJERIA RNPSP Nº 512

UN SERVICIO DE PELICULA...!!!
SUS PIEZAS VIAJAN SIEMPRE CON DESTINO
CERTIFICADO / MENSAJERÍA ULTRA RÁPIDA
/PERSONAL ASEGURADO (ART)

4866-4440

4867-0036

BUENOS AIRES ARGENTINA

SERVICIO EN MOTO:
Trámites - Cobranzas
Depósitos Bancarios
Recorridos Diarios
Pagos de Servicios
DGI - Licitaciones
Correo interno
Servicio de Bolsines

CORREO:
Mailing - Encomiendas
Todo Tipo de Distribución
Ensobrados, Doblados
y Etiquetados

Mencionando esta revista importantes descuentos



Los Aga Khan

FAMILIA DE ORO

La dinastía de los Aga Khan se integra con algunos de los personajes más ricos y vacuos de este siglo agonizante. El Aga Khan III, nacido en Karachi en 1877, fue un declarado anglófilo y conspicuo paladín del imperio británico. Al tiempo que cumplió puntualmente con sus deberes políticos y religiosos –ambos campos, en su caso, se confunden peligrosamente–, cuidó sus propiedades, se involucró con múltiples amantes europeas y alcanzó celebridad por sus fabulosas cuadras de caballos de carrera instaladas en Inglaterra, Irlanda, Francia y la India. Su hijo Aly Khan fue soldado, diplomático, hombre de negocios y, por si fuera poco, un típico playboy de aquellos que viven rodeados de mujeres, con una copa en la mano, en torno a una eterna mesa de juegos; su segunda esposa fue una diosa hollywoodense, nada menos que la inasible Rita Hayworth; pero el encantamiento duró poco. Su loca y brillante carrera se cortó drásticamente en un accidente automovilístico, tres años después de que su hijo Karim se convirtiera en el Aga Khan IV.

El nombre de Karim, un magnate educado en Harvard, suele ser citado cada vez que se quiere explicar el significado del antiguo concepto de jet set. Dueño de una fortuna estimada en varios miles de millones de dólares, el hombre sólo se traslada en yate o en su avión privado, desde donde maneja por teléfono o Internet el funcionamiento de todas sus empresas, incluido el desempeño de sus 25 mil empleados. Al igual que su padre y su abuelo, Karim conserva el fervor por la actividad hípica; nunca descuida sus caballerizas. Con todo, la vertiginosa rutina de su vida le roba a veces el tiempo necesario para ocuparse de su pasión por los caballos. Esquiar en diciembre, enero y febrero; París en la primavera; reuniones de negocios en Asia y Africa oriental para los meses de otoño; invierno en Nueva York. Aun así, en medio de tantas obligaciones, ha tenido tiempo de casarse con Sarah Croker-Poole, una rica heredera nacida en Nueva Delhi. El casamiento fue discreto (sólo ochocientos invitados reunidos en un castillo de París) y la ceremonia se realizó siguiendo el estilo profundamente islámico de la dinastía. Los cronistas del despilfarro consignaron que la novia, rebautizada como Salimah, llevaba en la boda un sari blanco, en tanto que el Aga Khan lucía una túnica y un gorro negro de astracán. Los invitados trajeron consigo simbólicos regalos de oro, plata y perlas que depositaron al pie de los novios como una ofrenda. La familia Rothschild, francesa, concurrió en pleno y Hollywood estuvo representado por Danny y Sylvia Kaye, David Niven y otras celebridades sensibles al brillo de los diamantes. La vida de Karim transcurre, así, de fiesta en fiesta, ya sea en Mónaco, París, Suiza o la Costa Azul. Inversor nato en negocios de cualquier rubro, sólo se ofusca cuando su empeño financiero se topa con lo que él aún denomina "ambientes no permisivos". Se refiere, claro, a aquellos pocos países que ponen límites a la expatriación de remesas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOLA CATERING:
"LA FIESTA" DENTRO DE LA FIESTA.



Porque es sinónimo de excelente cocina, de atención personalizada y de una auténtica pasión por el cuidado de los detalles, LOLA Catering es la clave para convertir en realidad la fiesta que soñó. Permítanos trasladar a su fiesta toda la experiencia y el prestigio de nuestro restaurante para agasajar y servir a usted y sus invitados como realmente lo merecen.

Llámenos y será asesorado por nuestro personal especializado, que a través de una organización integral, le brindará soluciones a medida para que empiece a disfrutar desde los preparativos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MasterCard

INFORMES 4804-5959

Lola
Catering
Con placer, con gusto.

revista LATIDO
Casilla de correo 144, Sucursal 12 (B), 1412 Buenos Aires
e-mail latido@giga.com.ar

Un entusiasta

Hola, jefe, ¿tiene la trespuntos? –le dije al señor revistero el sábado por la mañana con un frío que calaba y con la maldita obligación de esperar hasta la una para recibir una calificación de una de las materias más exigentes que tuve en la facu de Sociales. Bueno, la trespuntos no estaba, y yo resolví levantar una que había visto días atrás. Como estudiante de comunicación que soy, y como curioso por naturaleza, necesitaba saber de qué se trataba. Llegué al bar de al lado de la facu y comencé a leer. De atrás para adelante, como se debe. Y caí. Me hicieron caer y terminé leyendo apasionadamente cada nota, viendo cada foto, releyendo cada frase. ¡Qué escritura! ¡Qué modo de narrar! ¡Qué diseño! ¿Puede decirme Birmajer cómo hizo para que sus historias cotidianas me importen tanto? Nunca en mi vida me detuve a pensar tres segundos en una reunión de consorcio y su relato me atrapó como el mejor policial. Ni hablar del asado o de la chica que perdía misteriosamente parte de su pelo. El porteño Gruss desarma todo posible análisis intelectivo y se hace cuerpo con esa primera historia de amor que a mis 22 desearía tener. Su texto es increíble, sus personajes son maravillosos, su falta de cinismo y sinceridad son apabullantes. María Moreno: poco puedo decir, salvo que yo había pensado que escritos de esa altura no podían ser encontrados en revistas mensuales. Me sorprende tanto conocimiento, tanta historia, tanta sabiduría. Sé que quizá esté exagerando, pero la cuestión es que la revista se derritió en mis manos y que comienzo a tachar los días esperando el próximo mes. Cuando leí que iba a tratar un solo tema por número, presentí una futura falta, pero si la elección de los escritores continúa siendo tan maravillosa, espero que me sigan haciendo latir.
Felicitaciones y bienvenidos a mi vida.

JUAN IGNACIO FERNÁNDEZ
aljufer@ciudad.com.ar

N. d. E.: *Juan, ¿qué te podemos decir? Gracias, y esperamos que si algún número no te gusta, no seas tan malo como bueno fuiste esta vez.*

La otra cara

Lei en Clarín sobre la presentación de la revista y el duende de lo que puede ser me instó a comprarla. El sábado la conseguí y aquí estoy. Me gusta. Estoy contenta por tener entre mis manos una publicación que no me obligue a pensar solamente en la corrupción, la angustia del miedo, la falta de trabajo, la incertidumbre del porvenir, cómo se pelean los políticos para comerse todo el queso (propio y ajeno), la peor parte de nuestra realidad.
Evidentemente ustedes son otra cara de este tiempo. Una mirada diferente para abordar también la realidad. Me gusta no encontrar que Fulano se separó de Fulana, no ver la casa suntuosa de un terrible evasor de impuestos.
Me gusta.

NORA BALARINO
norabalarino@movi.com.ar

Intuición

Tengo la revista en mis manos y aún no he podido terminar de leerla. Pero "yo adivino el parpadeo", y como vieja lectora de diarios y revistas es lo que estaba esperando. ¡Cuánto les agradezco, no se imaginan! Les deseo mucho éxito.

NORAH LÓPEZ ANDERSON
anderson@arnet.com.ar

Palmaditas

Los felicito. Poco, profundo y bien dicho. Diseño sencillo y ordenado. (Estoy harto de la estética posmoderna que muchas veces se adopta cuando simplemente no hay nada para decir.) Gracias. Especialmente a Luis Gruss por la sinceridad y la entrega de su nota.
Este año junto a mi pequeña familia (Fedra, el amor de mi vida, y Tomás, un sol de apenas 11 meses) parto de Buenos Aires a instalarme en nuestro sur, abandonando cierta comodidad económica y con la esperanza de encontrarme, entre otras cosas, con mis pasiones eternamente relegadas. La decisión no fue nada fácil. Siento que estoy "naciendo a los 29 años" y leer la revista fue como una de esas palmaditas que nos daban en la cola cuando recién salíamos del vientre materno.

LIC. MARCOS RADICELLA
fliaradi@impsat1.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Queremos conocer tus opiniones sobre la revista. Y que nos cuentes experiencias vinculadas con los temas que publicamos. Animate. Escribinos.

Los de menos de 30

Ayer compré la revista: estuve muy expectante ni bien me enteré de su nacimiento. Estoy leyéndola como quien paladea algo nuevo. Me gusta que contenga esa idea de "espaciosa reflexión" y que su diseño no sea un estallido de signos confusos. Pero hasta donde he llegado hoy (aún no la termino de transitar) me parece que cada cual desde su subjetividad vuelve a caer en una nostalgia y en un coleccionismo de lo antiguo frente a lo nuevo. ¿Por qué no indagan mejor un poco más sobre los terrenos donde se pelea hoy para alcanzar esos ideales, que aunque distintos y más efímeros que el de otras épocas, no se resignan a perecer bajo el flujo veloz de los acontecimientos? Por favor, que esta revista para pensar y sentir no sea sólo para la gente sobre los 30, existimos muchos jóvenes que también tenemos esta capacidad y queremos sumarnos a esta bien intencionada aventura suya.

Muchas gracias. ¡Y mucha suerte de la buena!

MARA NAVARRO SOLÁ
mara_nsola@hotmail.com

De proa a popa

Hablando de pasiones... Leer, leer, leer, hasta que se nos secan las pupilas. Leer, hasta que nos patean la puerta del baño, hasta que las sienes nos recuerdan que era sólo un par de hojas y no tres capítulos. Hasta que odiamos haber madrugado leyendo, adormecidos en medio de alguna rutina productiva, enemiga del ocio.

O hasta que ya no leemos, simplemente deslizamos la mirada sobre los renglones, dando saltitos hacia atrás entre cada sangría, para releer, porque ya no leemos. Devoramos los renglones como leguas en un larga travesía, como carteles en la ruta de un viaje del que ya no importa el destino.

O hasta que leemos un avance de Latido, y presentimos que tras esa loma se abre otro camino, otra mirada, otro pretexto al desvelo. Excelente.

De cabo a rabo, de proa a popa; de tal palo, tal astilla.

Dan ganas de ceder el volante, y dejarse llevar por el medio, por el diseño, por la textura, por la fotografía; pero, ¡no! solo acompañan al contenido, apaisan al texto que fluye generoso, como un jarabe laxante de tanta contaminación hiperinformativa.

LEOPOLDO JUÁREZ, SAN LUIS
poloj@arnet.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



HERMANN HESSE

EL MISMO LO DIJO: "MIS OBRAS PUEDEN INTERPRETARSE COMO UNA DEFENSA (A RATOS TAMBIÉN COMO UN GRITO DE SOCORRO) DE LA PERSONA, DEL INDIVIDUO". EN EFECTO, SI ALGO CARACTERIZA LOS TEXTOS DE HERMANN HESSE –NACIÓ EN ALEMANIA EN 1887 Y MURIÓ EN SUIZA 85 AÑOS DESPUÉS– ES LA SOLEDAD DEL HOMBRE EN EL SIGLO XX, TAN PRESENTE EN "EL LOBO ESTEPARIO", Y LA NECESIDAD DE BUSCAR CAMINOS PARA CONOCERSE COMO SUCEDE EN "SIDDHARTA". EN 1946 RECIBIÓ EL PREMIO NOBEL LUEGO DE QUE LA ATROCIDAD DE LA GUERRA LEGITIMARA SU OBRA.

EL CUENTO QUE OFRECEMOS, PUBLICADO POR EDITORIAL SUDAMERICANA, FIGURA EN UNO DE SUS LIBROS DE TEXTOS CORTOS: "FABULARIO".

EL ORANGUTAN

A PRINCIPIOS DE LA ERA PRIMITIVA, cuando aún la joven humanidad no se había extendido sobre la tierra, ya existían los orangutanes. Estos seres vivían confinados tímidamente, en las tinieblas de las selvas tropicales, en lucha permanente con sus parientes, los monos, y sobre toda su vida y comportamiento se erigía, como única divinidad y única ley, la selva. La selva era el hogar, la patria, el lugar de protección, la cuna, el nido y la tumba; y fuera de esos bosques no era concebible que existiera vida alguna. Los orangutanes se guardaban de llegar hasta sus lindes; quien, en virtud de alguna circunstancia especial, ya fuera por la caza o porque había tenido que ir, alcanzaba aquellos límites, volvía temblo-roso y relataba, lleno de miedo, que allí afuera sólo había blanco desierto y vacío, donde se veía resplandecer, en medio del mortal calor del sol, la terrible nada. Vivía entre los orangutanes uno ya muy viejo, que, muchos años atrás, perseguido por un animal salvaje, franqueó los límites extremos de la selva, por lo que se había quedado ciego. Se convirtió luego en una especie de sacerdote o mago y tomó el nombre de Mata Dalam (el que tiene vista interior); había compuesto un himno sagrado a la selva, que cantaba durante las grandes tempestades y que todos los orangutanes escuchaban con unción. En el hecho de que hubiera visto con sus propios ojos el sol, sin haber muerto por ello, descansaba toda su gloria y su misterio.

Los orangutanes eran de estatura pequeña, de pelaje espeso y rojizo, andaban inclinados hacia adelante, y sus ojos eran tímidamente salvajes. Podían marchar como los hombres y como los monos, y se sentían tan seguros en lo alto del ramaje del bosque como en el suelo. Todavía no conocían casas ni chozas, pero sí muchas clases de armas y utensilios, y hasta adornos. Eran capaces de hacer arcos, flechas y mazas de madera dura. Se colgaban al cuello collares de fibras vegetales, con bayas o nueces secas. También llevaban al cuello o en el pelo algunos adornos: dientes de jabalí, garras de tigre, plumas de papagayo, conchas de almejas de río. Por el centro de la selva infinita corrían las aguas de un gran río; los orangutanes, empero, sólo se atrevían a llegarse hasta sus orillas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en medio de la noche. Y muchos de ellos ni siquiera lo habían visto nunca. Los más valerosos se deslizaban a veces, por la noche, fuera de la espesura, y llenos de timidez y recelo se acercaban a la orilla donde, al débil destello de luz, veían bañarse a los elefantes y contemplaban con horror, a través de las copas entrelazadas de los árboles, las relucientes estrellas. Nunca habían visto el sol y se tenía por cosa extremadamente peligrosa ver en verano su reflejo.

Al grupo de orangutanes del viejo y ciego Mata Dalam pertenecía también el joven Kubu, que era el jefe y representante de los jóvenes y descontentos. Porque a decir verdad, había también descontentos desde que Mata Dalam se hizo viejo y tiránico en su mando. El ciego gozaba del privilegio de ser alimentado por los demás, quienes, a su vez, le pedían consejo y cantaban el himno del bosque compuesto por el viejo. Sin embargo, poco a poco Mata Dalam fue introduciendo toda clase de nuevos y cargosos ritos, los cuales, según él decía, le habían sido revelados en sueños por la divinidad de la selva. Algunos jóvenes orangutanes, que alimentaban dudas a este respecto, sostenían, empero, que el viejo no era más que un mentiroso que sólo buscaba su propia ventaja.

La novedad más reciente que había introducido Mata Dalam era una fiesta dedicada a la luna nueva, festividad durante la cual él se sentaba en medio del círculo de orangutanes y golpeaba incesantemente un tambor hecho de corteza de árboles. Mientras eso hacía, los demás tenían que bailar en torno del viejo y cantar el himno *golo elah*, hasta que, rendidos de fatiga, caían de rodillas a tierra. En ese momento, cada cual debía traspasarse la oreja izquierda con una espina, al tiempo que las hembras jóvenes eran llevadas junto al sacerdote, quien a su vez atravesaba con una espina la oreja de cada una.

Kubu, junto con algunos compañeros de su edad, se habían sustraído a este rito desde el principio, y hacía todo lo posible por persuadir a las hembras jóvenes que se resistieran a tal ceremonia. Una vez se resolvieron a vencer y a quebrantar definitivamente el poder del sacerdote. El viejo volvió a festejar la festividad de la luna nueva y a atravesar la oreja izquierda de las hembras. Sin embargo, una de éstas, joven y fuerte, resistiéndose a ello, comenzó en un momento dado a lanzar terribles gritos, de suerte que el viejo empeñado en su designio, en lugar de dar con

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

su espina en la oreja, pinchó un ojo de la joven, que quedó así perdido. Entonces ésta comenzó a gritar tan desesperadamente que todos corrieron junto a ella, y cuando vieron lo que había ocurrido callaron de pronto, llenos de indignación. Y cuando Kubu, acercándose triunfante, en medio de los jóvenes orangutanes, al viejo sacerdote, se atrevió a cogerlo de un hombro, éste, dejando su tambor, se puso de pie y pronunció, con voz cascada y burlona, una maldición tan espantosa que todos huyeron despavoridos y al propio Kubu el corazón se le heló de espanto. El viejo sacerdote dijo palabras cuyo exacto sentido nadie pudo comprender, pero eran palabras que por su género y tono sonaban como procedentes de la temida y sagrada divinidad de la selva. Y el viejo orangután maldijo los ojos del joven Kubu, de los que vaticinó que serían comidos por los buitres. Y maldijo sus entrañas, de las cuales profetizó que un día quedarían calcinadas al calor del sol, en un campo abierto. Luego, el sacerdote, que en ese momento tenía más poder que nunca, ordenó a la joven hembra que volviera a acercarse a él, y entonces clavó en su otro ojo la espina, sin que nadie de los que contemplaban con horror aquella escena se atreviera a respirar.

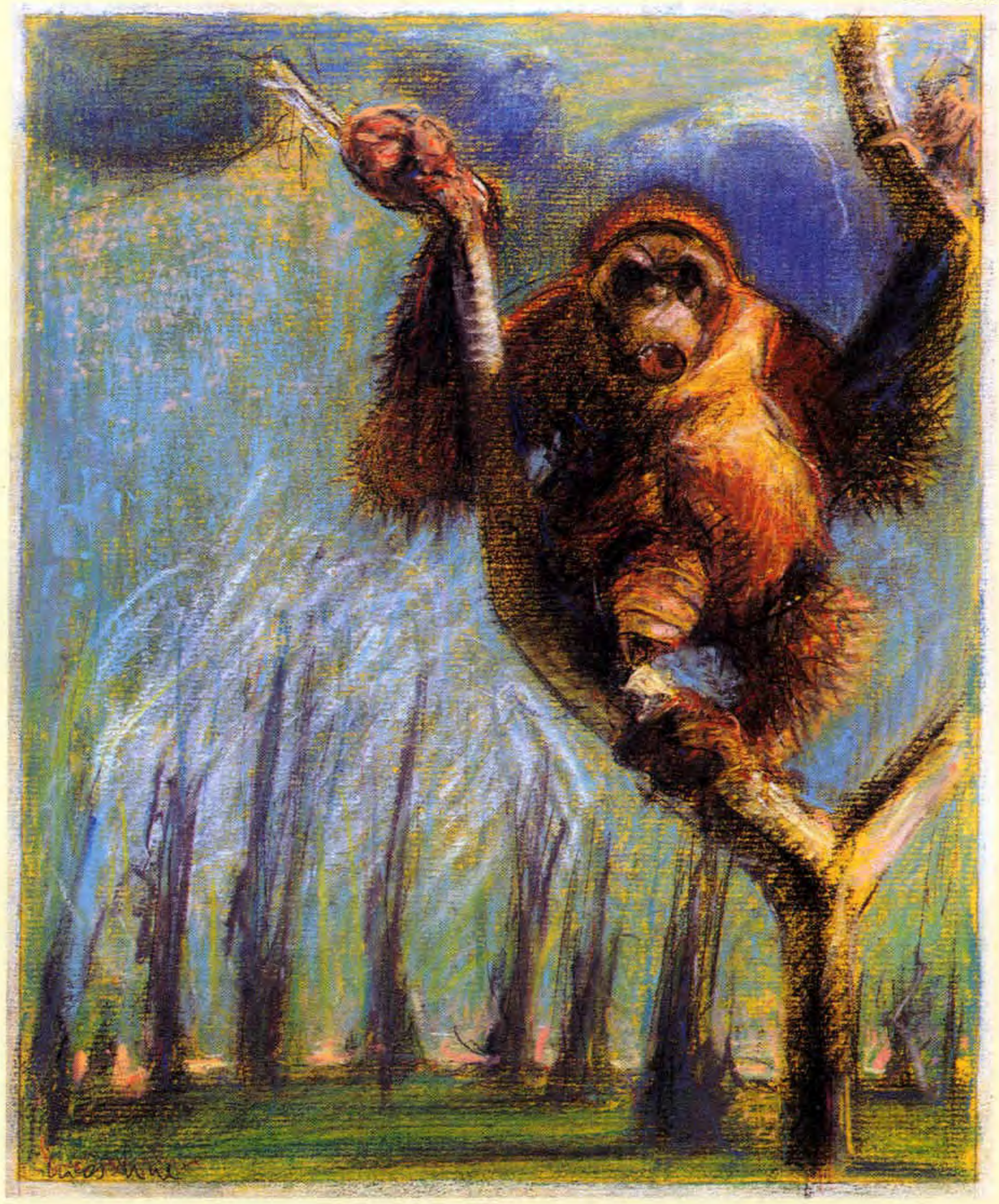
"Morirás afuera", había dicho el viejo al joven Kubu; y desde ese momento todos se apartaron de él como de un apestado. "Afuera", eso quería significar fuera del hogar y de la patria, fuera de la sombreada selva. "Afuera" significaba horror, ardiente resplandor del sol, y mortal, abrasador desierto.

Kubu se alejó corriendo, y horrorizado de aquel lugar; cuando comprobó que todos sus compañeros se apartaban de él, se ocultó en lo alto de los árboles y se consideró perdido. Pasó así varios días y varias noches entre el miedo de morir y un sentimiento de obstinado orgullo; sin saber si los miembros de su tribu irían a darle muerte o si el propio sol, abriéndose paso a través de la selva, iría a acosarlo, darle caza y matarlo. Pero no vio signo alguno de flechas o de lanzas, ni tampoco de los quemantes rayos del sol; lo único que le sobrevino fue una sensación profunda de abatimiento y modorra, mientras rugía en él, cada vez con más fuerza, la voz del hambre.

Kubu terminó por levantarse y deslizarse luego sigilosamente de las copas de los árboles, sereno y casi con una sensación de desencanto.

"Nada me ha ocurrido por la maldición del sacerdote", pensó mara-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



villado; luego se puso a buscar algún alimento y cuando hubo comido y sentido que de nuevo la vida corría por sus miembros, en su alma volvieron a nacer el orgullo y el odio. Ahora ya no quería retornar a los suyos. Ahora quería ser un solitario y un proscripto, uno a quien se odia y a quien el sacerdote, aquel ciego montón de carne, lanzaba impotentes maldiciones. Quería estar solo y permanecer solo; pero antes era menester que se vengara.

Y así iba andando por la selva, sumido en sus pensamientos; volvió a pensar en todo aquello que antes le había despertado dudas y parecido un engaño; sobre todo pensó en el tambor del sacerdote y en sus festividades, y cuanto más pensaba en ello, y cuanto más tiempo permanecía solo, con tanta mayor claridad comprendía todo aquello: sí, todo era un engaño, todo no era más que engaño y mentira. Y aventurado ya en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

este camino, fue aún más lejos, de suerte que comenzó a alimentar desconfianza hasta por aquello que antes le había parecido verdadero y sagrado. ¿Qué había de verdad, por ejemplo, en la divinidad de la selva y en el himno sagrado que se le cantaba? ¡Oh, también todo eso era una mentira, también todo eso era pura patraña! Y, venciendo un íntimo temor, Kubu se puso a entonar el himno de la selva, con voz burlona y despectiva, deformando todas las palabras, y luego repitió por tres veces a gritos el nombre de la divinidad del bosque que nadie, bajo pena de muerte, podía pronunciar si no era el sacerdote; pero todo permaneció tranquilo. No estalló ninguna tormenta ni cayó ningún rayo.

De esta suerte pasó muchos días y semanas vagando por la selva el solitario orangután, con el entrecejo arrugado y relampagueante mirada. Hasta se llegó, cosa a la que antes nunca se había atrevido, a la orilla del río en una noche de luna llena. Allí contempló primero la luna reflejada en las aguas y luego directamente la luna y todas las estrellas, manteniendo en ellas largamente fijos los audaces ojos, y no le sobrevino ningún daño. Se pasó noches enteras de luna a orillas del río, experimentando gratas emociones al regalarse, embriagado, en la luz prohibida, mientras maduraban sus pensamientos. Concibió muchos osados y terribles planes. "La luna es mi amiga", pensaba, "y las estrellas son también mis amigas; pero el viejo ciego es mi enemigo. Esto quiere decir que tal vez el 'afuera' sea mejor que nuestro 'adentro', y que quizá todo el carácter sacro de la selva no sea tampoco más que un embuste". Y, anticipándose a muchas generaciones de hombres, llegó una noche a forjarse la audaz y peregrina idea de que bien podría unir con fibras algunos troncos de árboles, echarse sobre ellos y lanzarse a las corrientes del río. Le brillaban los ojos con resplandor de fuego, y el corazón le latía violentamente. Pero no, no podía pensarse en tal cosa; el río estaba lleno de cocodrilos. De manera que en el futuro no le quedaba otro camino, si quería abandonar la selva y confiarse al ardiente desierto de afuera, que andar hasta encontrar el límite de la selva, en el caso, naturalmente, de que éste existiera. Era menester, pues, buscar y resistir a ese ser horrible: el sol. Pero, de todos modos, ¿quién podía saber si al fin de cuentas la antigua leyenda de que el sol era un ser temible no se trataba también de una mentira? Este pensamiento, el último de una febril y osada cadena, hizo temblar a Kubu. Nunca se había dado el caso, en todas las edades del mundo, de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que un orangután se atreviera por su propia voluntad a abandonar el bosque y lanzarse al dominio del horrible sol. Y continuó andando día tras día, siempre aferrado a los mismos pensamientos. Por fin cobró ánimo. Se deslizó tembloroso, durante un claro mediodía, hacia el río. Se acercó sigilosamente a la orilla y, con los ojos bajos, buscó la imagen del sol reflejada en el agua. El resplandor le hizo doler vivamente los ojos deslumbrados que tuvo que volver a cerrarlos enseguida; pero al cabo de un rato se atrevió a abrirlos otra vez, y otra, y ya no le pasó nada. Era posible, se podía soportar, y hasta cobraba uno en ello alegría y valor. Kubu ya no temía al sol; por el contrario, lo amaba, aun cuando pudiera matarlo, y en cambio odiaba la antigua selva tenebrosa y pútrida, donde el sacerdote berreaba con voz chillona y donde los jóvenes y valerosos eran alejados y rechazados.

Ahora su decisión estaba definitivamente tomada; y se puso a la obra para recoger un dulce fruto. Armado de una nueva maza hecha con madera dura, de mango muy fino y liviano, al despuntar el día salió en busca de Mata Dalam; halló sus huellas y luego al propio sacerdote; le asestó con la maza un fuerte golpe en la cabeza y vio cómo el alma del viejo se escapaba a través de la torcida boca. Luego le puso el arma sobre el pecho para que todos supieran quién había matado al ciego; en la lisa superficie de la maza Kubu había grabado trabajosamente, con ayuda de una conchilla, un círculo con muchos rayos rectos: la imagen del sol.

Lleno de valor emprendió entonces la marcha hacia el remoto "afuera", y durante días y noches siguió una línea recta; por las noches dormía entre el ramaje de los árboles, y apenas apuntaba el alba proseguía su camino; pasó así muchos días, vadeó arroyuelos y atravesó ciénagas y, por último, llegó a una comarca que iba ascendiendo y en la que encontró rocas musgosas, como nunca antes viera, y el camino se hizo cada vez más empinado, rodeado de precipicios, mientras subía a través de la montaña siempre en medio de la eterna selva, de suerte que una vez, desesperado y triste, llegó a pensar que quizás un dios tuviera prohibida a las criaturas del bosque abandonar su patria.

Y llegó al fin un día, al declinar la tarde, después de ascender a alturas cada vez mayores, en donde el aire era seco y ligero, a un fin imprevisto. La selva terminaba allí; pero también el suelo de la tierra; allí la selva daba al vacío del aire, como si en ese lugar el mundo quedara que-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

brado. No se veía más que un lejano y pálido resplandor rojizo y, por encima de todo, algunas estrellas, porque ya había caído la noche.

Kubu se sentó en el borde del mundo y se aseguró con algunas fibras vegetales al tronco de un árbol, para no precipitarse abajo. Pasó la noche acurrucado, sin cerrar los ojos y agitado por turbulentos sentimientos, y al clarear la aurora, se levantó impaciente de un salto, y aguardó, inclinado sobre el vacío, a que se hiciera de día.

Comenzaron a resplandecer en la lejanía hermosas y amarillas estrías de luz, mientras el cielo expectante parecía temblar, como temblaba Kubu, que nunca había visto amanecer en un espacio dilatado y libre. Y luego llamearon amarillos haces de luz, y de pronto, emergió enorme y rojo, más allá del espantoso abismo del mundo, el sol en el cielo. Emergió de una nada infinita y gris que no tardó en cobrar tonos azules: el mar.

Y ante el tembloroso orangután se descorrió el velo del "afuera". A sus pies bajaba empinada la montaña hasta profundidades desconocidas; frente a él se alzaba, rosácea y primorosa, la roca; más allá, a lo lejos, se extendía el sombrío y gigantesco mar, y la costa corría blanca y espumosa, interrumpida aquí y allá por algunos arbolillos. Y por encima de todo eso, por encima de esos millares de formas nuevas, extrañas y poderosas, se erguía el sol que enviaba ardiente río de luz sobre el mundo que se encendía con alegres colores.

Kubu no podía mirar al sol cara a cara, pero vio su luz en las ondas de colores de las montañas, de las rocas, de la costa y de unas lejanas islas azules; entonces, cayó de rodillas e inclinó su cara hacia la tierra, venerando a las divinidades de aquel mundo resplandeciente. ¡Ah! ¿Qué era él mismo? ¿Qué era Kubu? No era sino un animalito sucio, que había pasado su sofocada vida en medio de las tenebrosas charcas y ciénagas de la espesa selva, sometido a tímidos, sombríos e insignificantes dioses menores. Pero allí estaba el mundo; su divinidad suprema era el sol; el largo y descolorido sueño de su existencia anterior quedaba atrás y comenzaba ya a extinguirse en su alma, junto con la denigrante imagen del sacerdote muerto. Con pies y manos, Kubu bajó por entre las rocas al abismo, para salir al encuentro de la luz y del mar, y por su alma temblorosa pasó, cual un fugitivo y feliz éxtasis, el presentimiento indescriptible de una tierra luminosa regida por el sol, en la cual vivían en la luz criaturas claras, libres, que no estaban sometidas sino a ese dios.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

RATTO/BBDO

Boston Access

Es tan fácil como destapar una botella. Y le va a quedar tiempo para compartirla con amigos.



Tenga el Boston en su PC.

Ahora puede acceder al Boston a través de su PC, sin complicaciones. De la manera más ágil, simple y cómoda para operar, esté donde esté, las 24 horas los 365 días del año. Y lo hace a través de Internet o Infovía. Así, usted podrá consultar saldos, transferir fondos, pagar impuestos, servicios y tarjetas o realizar cualquier otro tipo de operaciones bancarias y al mismo tiempo, seguir disfrutando de las cosas que más quiere. Conéctese hoy mismo a Boston Access. Sus amigos se lo agradecerán.

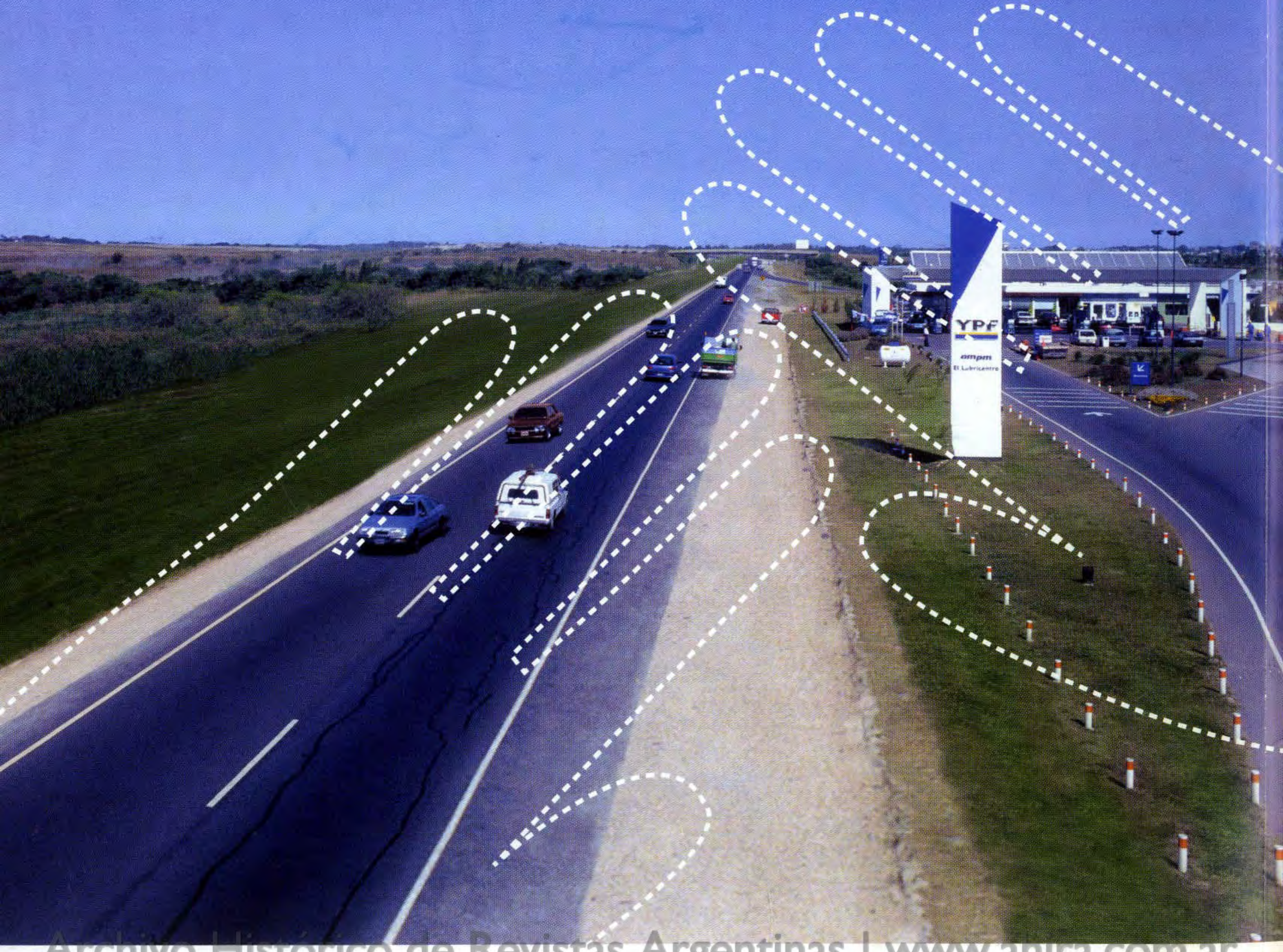
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Conéctese a: **www.bankboston.com.ar** *o llame al:* ***(011) 4346-2021***

BankBoston

Facilitarle las cosas, es también hacer el nuevo Boston.

Apoye sus manos.
Así, podrá ver el funcionamiento de un país sin petróleo.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

YPF